

NOTICIA HISTORICA
DEL
PRINCIPE
DON CARLOS

*Hijo Primogenito del rey de
España Felipe Segundo y de
Doña Maria de Portugal.*

Por D. L. M. Ramirez y las Casas-Deza.



CÓRDOBA:
IMPRESA DE SANTALÓ CANALEJAS Y COMP.
1836.

6362

NOTICIA HISTORICA

del

PRINCIPE

DON CARLOS

Segundo de su nombre
y de su casa
de Borbon y de
Sicilia

Por D. A. M. Ramirez y de la Cruz

Londres

IMPRESA DE SINTON, CAMBRIDGE Y COMP.

1808.

..... Quando asolados
 Por tu supersticion Reynos enteros,
 Yo los osé compadeser, tú entonces
 Criminal me juzgaste, y al sepulcro
 Me hiciste descender. Mas sí en el pecho
 De un hijo del fanático Felipe
 No pudo sin delito haber clemencia;
 ¿Quàl fue, responde, la secreta culpa
 De esta infeliz para morir conmigo?

Tu muerte injusta fué; pero el estado
 Con ella respiró; si tu ovieras,
 Rota la paz, turbada la armonia
 De un imperio hasta allí quieto y sereno,
 Tú profanaras su inocente seno
 Con la atroz sedicion, con la heregia.

QUINTANA: Panteon del Escorial.

..... Cuando volados

Por la superstición de vnos entros,
Yo los osé comprender, lo entonces
Quinnos me jugaste, y al sepulcro
Me hiciste descender. Mas si en el pecho
De un hijo del Landino Felipe
Yo pude sin delito haber clemencia;
¿Cuál fue, responde, la secreta culpa
De esta infeliz para morir conmigo?

T: muerte injusta fue: pero el estado
Con ella respice: si tu oírás,
Heta la paz, fundada la armonía
De un imperio hasta allí quieto y sereno,
Te profanaras un inocente seno
Con la utroa sedición, con la herejía.
QUINTANA: Pantón del Escorial.

Desde que el Emperador Carlos V. primer Rey de este nombre en España determinó dejar sus estados y retirarse á una soledad, temió dejar á su hijo Felipe espuesto á los reveses de la buena fortuna del Rey de Francia Henrique II, que el habia ya experimentado, y trató con este Principe una tregua por cinco años. Uno de los preliminares de la paz hecha durante la tregua, fue casar al principe D. Carlos, primogénito de Felipe II. y de Maria de Portugal su primera muger, con ma-

dama Isabel hija del Rey de Francia y de Catalina de Médicis.

Habia nacido el principe en Valladolid á 8 de Julio de 1545 y á pesar de sus pocos años manifestaba estar dotado de relevantes cualidades. Su enlace con la princesa fue resuelto con mutua complacencia de ambas partes. Madama Isabel concibió singular estimación del esposo que le destinaban, y hallando su corazon este objeto en que ocuparse, se empeñó insensiblemente y agradablemente en una inclinacion que acarreó á su virtud mayor contraste que ella podia imaginar. D. Carlos no estaba menos contento de su destino; y como todo lo que le referian de la princesa, le hacia concebir la mas alta

idea de su persona, se entregó con placer á cuanto esta pasión amorosa le inspiraba. El retrato de madama Isabel justificó el concepto que la fama de su belleza habia producido en el principe. Quando consideraba esta pintura, no habia medio alguno que no le viniese á la imaginacion, para hacer saber á la princesa el contento de que estaba poseido su corazon con la esperanza de ser su esposo. Sentia alguna vez desazon de su buena suerte, y casi deseaba haber tenido ocasion de conquistar el corazon de la princesa; mas como esto no era posible, le parecia que el estaria satisfecho si á lo menos hubiese podido hacerla saber sus amorosos sentimientos.

Los negocios entretanto mudaron de aspecto con el rompimiento de la tregua. Los Principes de Lorena fueron los que solicitaron del Pontifice Paulo IV esta determinacion. El fin del Papa era que se hiciese una grande diversion en Flandes, para desembarazarse del Duque de Alba general del Exército Español, que le tenia bloqueado algun tiempo habia en Roma; de cuya parte surtió el efecto deseado; pero no sucedió lo mismo en Flandes. La Francia vió perdidas dos batallas, en que fueron prisioneros y muertos los mejores soldados del reino, y pusieron las cosas en tan mal estado que se determinó comprar la paz á cualquier precio. Fue esta paz obra del Duque de

Saboya, general Español, y del Condestable de Montmorency su prisionero. Este hizo considerar al de Saboya que jamas se le presentaria ocasion mas oportuna para volverse á entregar de sus estados de que Francisco 1.^o habia arrojado á su padre: movido de lo cual el Duque lo negoció tambien con Felipe 2.^o que poco despues, esto es, á 3 de Abril de 1559 se ajustó la paz en Cambray. Es facil juzgar cual seria el dolor de D. Carlos cuando se rompió la tregua, y cual su alegria cuando vió restaurado el tratado de paz que le restituia el objeto de su esperanza; pero esta paz, estaba el muy distante de creer que habia de ser la causa de su perdicion y ruina. Durante su negociado enviu-

dó Felipe II. en 17 de Noviembre de 1558 de su segunda muger D. Maria, reina de Inglaterra, y como tenia intencion de pasar á otras nupcias hizo pedir para si la princesa destinada para su hijo (1). La corte de Francia quisiera darla al heredero de la corona que era de su misma edad, que á un principe que podia ser su abuelo; porque de él, que contaba ya con heredero no podia tener sino hijos menores; pero no le fue facil negarsela. Aunque esta noticia fuese un rayo para D. Carlos, habiendola recibido en

(1) D^a. Isabel nació en Fontainebleau en 2 de Abril de 1546.

presencia de una multitud de personas, tuvo que reprimirse del todo, y evitar que pudiese traslucirse el dolor que la tal nueva le ocasionaba. Quando se halló solo, se agolpó á su imaginacion quanto es capaz de sugerir el amor y la rabia; pero como la sujecion de su ayo y su actual situacion no le permitiesen ejecutar cosa alguna, su desesperacion degeneró en melancolia de que nació la vida tan retirada que observò despues, y por la que se hizo tan odioso á su padre, que no pudiendo penetrar el verdadero motivo, y juzgando por el suyo el genio de su hijo, atribuyó el tedio del principe á alguna impaciencia por reinar. En quanto á la princesa, aunque su animo ha-

bia concebido con respeto á D. Carlos, una disposicion, mas bien para amar que una pasion verdadera, la fundada aprehension que ella tuvo de que la amaba ciertamente no pudo menos de infundirle alguna desconfianza de si misma. Hasta entonces habia tenido una curiosidad de saber el efecto que habia producido en D. Carlos su retrato, y habia deseado que el corazon del principe estuviese aun mas interesado que el suyo; mas desde que supo la mutacion de su destino, nada temió tanto como ser amada de él. Estos varios pensamientos asaltaban su animo, que ciertamente no sabia como manejarse para salir de un empeño tan peligroso para ella, como era su llegada á la corte de

España; y así retardó su salida de la de Francia cuanto le fué posible. Aunque se habia desposado el duque de Alba con la princesa en nombre del Rey en 22 de Junio, no salió de Paris hasta fin de Noviembre y se detuvo de intento en todos los lugares razonables que halló en el camino, sin arribar à Gascuña hasta fin del año como si estas detenciones pudiesen causar en su pecho la mudanza que no conseguia su razon. Quando llegó à los Pirineos, la fortuna que suele disponer las cosas que menos se esperan, lisongeoó à la princesa con un motivo de detencion que no se aguardaba.

Estaba encargado de conducir à la princesa, Antonio de Borbon, Rey de

Navarra, y habia de entregarla en la frontera al Cardenal de Burgos (1) y al Duque del Infantado. No poseia este Rey mas que la Navarra inferior, por que los Españoles habian despojado de la superior en 1512 à Juan de Albrit abuelo de su muger, y por no acarrear perjuicio al derecho que tenia à entrambas, no queria reconocer los limites, que separan à las dos en la verdadera frontera de España, sin obtener de los diputados españoles una declaracion, de que la entrega de la princesa que habia de ser en tal lugar, no pudiese dañar à sus pretenciones.

(1) *D. Francisco de Mendoza.*

Esta declaracion era de grandisima consecuencia para concederla sin orden superior, y asi resolvieron escribir à Madrid y esperar en aquel punto orden de lo que habian de practicar. Felipe II. hubiera querido ciertamente que la corte de Francia le hubiese escusado este compromiso, dando à otro, y no al Rey de Navarra, la comision de la entrega; pero los Señores de la casa de Guisa que hechos nuevos y absolutos dueños de los negocios, tenian otras razones para apartar de si à los Principes de la sangre, se holgaron de hallar un pretexto tan plausible para librarse de aquel que les incomodaba. Fue pues necesario que el Rey de España, se redujese al partido ó de satisfacer pron-

tamente al Navarro, ó de poner el asunto en negociacion, para obtener de la corte de Francia que le volviese à llamar. Este ultimo medio traia una dilacion insoportable à el principe que esperaba para esposa la muger mas hermosa del mundo, y asi no dudó este gran politico en satisfacer su impaciencia con perjuicio de sus intereses, y escribió resueltamente que se concediese al Rey de Navarra cuanto pedia.

La Reyna, acompañada del cardenal de Borhon, del duque de Bando-
ma y de otros Señores, llegó á Roncesvalles el 4 de Enero de 1560. Allí la recibieron los encargados Españoles y todos reunidos llegaron felizmente á Guadalajara, lugar destinado para la bo-

da y donde el Rey esperaba á la Reyna. La Ciudad se esforzó quanto pudo en obsequiar á tan altos huéspedes y en demostrar su júbilo. A la entrada se dispuso un monte de encinas naturales que parecían haber nacido donde el arte las habia colocado. Amenizaba su vista multitud de todo genero de caza, conejos, liebres, venados, y aun aves, obligadas con industria á que no se escapasen de los árboles. Por el campo se levantaron de trecho en trecho muchas tiendas, provistas de toda suerte de abastecimientos destinados para que sin interés tomasen quanto quisiesen los que venian en la comitiva de la Reyna. Entró esta en medio del Cardenal Arzobispo de Burgos y del Du-

que del Infantado despues de haber
 pasado varios carcos triunfales con mú-
 sicas y danzas, y de haber sido recibi-
 da por la Ciudad y Cabildo Eclesiás-
 tico, salió de la Iglesia y volvió á
 montar en la hacánea hasta el palacio
 del Duque del Infantado, donde el Rey
 la esperaba, en cuya entrada habia otro
 arco triunfal. La princesa D. Juana de
 Austria, hermana del Rey salió al pa-
 tio á recibir á la Reyna, y entrando
 en un gran salon donde habia pre-
 venido altar, dijo misa el Cardenal
 Arzobispo de Burgos, y veló á los
 Reyes el último de Enero de 1560,
 siendo padrinos la princesa D. Juana
 y el Duque del Infantado. Por la tar-
 de hubo toros y cañas y al fin entró

á pie el Corregidor por la plaza acompañado de diez y ocho Regidores con toallas al hombro y fuentes de dulces en las manos, llevando cada Regidor doce soldados de guardia y una banda de música. Llegaron á los pies de los Reyes, que habiendo admitido con agrado este agasajo, lo repartieron á las damas. En las calles dispuso la ciudad mesa franca para cuantos gustaron disfrutarla. Al despedirse presentó el Duque del Infantado á los Reyes, Damas, Dueñas y Camaristas, ricas joyas de oro, plata, telas, guantes, y otras preseas cuyo esquisito trabajo era superior á la materia. Los Reyes salieron en fin para Toledo, y el Principe D. Carlos la vino

á encontrar, acompañado entre otros, de Alejandro Farnesio su primo, joven Principe de Parma, y Rui Gomez de Silva su Ayo, Principe de Eboli y privado del Rey. A las primeras noticias que tuvo la Reyna de la proximidad del Principe, se suscitaron en su ánimo sentimientos tan vehementes y se conmovió en tanto grado, que cayó desmayada en los brazos de sus damas y no volvió en si hasta que D. Carlos llegaba á su presencia. Despues de las primeras cortesias, uno y otro se ocuparon en considerarse mutuamente, y enmudecieron, con que callando tambien por su respeto las demas de la comitiva, se hizo por largo rato un silencio extraño ciertamente en

tales ocasiones. D. Carlos quedó á primera vista sorprendido de la belleza de la Reyna; pero la consideracion de quanto habia perdido, perdiendo; cambió luego su admiracion en dolor, y previendo bien lo que le habia de hacer padecer y sufrir, vino insensiblemente á mirarla con algo de temor. El Duque del Infantado, creyendo entretanto que la Reyna de puro cortés esperaba á que D. Carlos quisiese partir, y que el Principe por su respeto esperaba á que ella hiciese lo mismo, advirtió á la Reyna que ya era tiempo y sacó á los dos de aquella suspencion cuya causa no adivinaba. Sentóse el Principe en la carroza de la Reyna de quien no habiendo en to-

do el camino apartado los ojos, tuvo tola la comodidad imaginable de considerarla y de perderse. La Reyna notó desde luego en el Principe un sentimiento secreto que no podia vencer, y si la Reyna no se atrevia á entenderle, el no la miraba al principio sino temblando; pero habiendose encontrado los ojos de entrambos, despues de haberse evitado por algun tiempo, bastante á hacerse mucha violencia, no tuvieron luego valor para desviarlos. Por medio de estos interpretes declaró D. Carlos á la Reyna quanto tenia que decirle, y le indicó con mil ojeadas tristes y apasionadas la vehemencia de su malogrado amor. El corazon del Principe profundamente au-

gustiado al conocer su desgracia, se procuró algún alivio creyendo ver en los miramientos de la Reyna que ella lo habia entendido, y tuvo una alegría tan sensible, que olvidó por algún momento la fortuna de su padre y su propia desgracia. Esta satisfacion le dió una libertad de animo, que el no esperaba tener despues que el Rey se hubiese reunido con la Reyna; pero esta Princesa se habia abandonado á una meditacion tan profunda, que ni la presencia de su marido pudo sacarla de ella. Quando llegó á Toledo y el Rey acudió á recibirla al bajar de la carroza, ella se paró á mirarle atentamente, sin pensar lo que hacia, como si observase si el notaba la turbacion

de que estaba poseida; mas el Rey D. Felipe muy ageno de pensar en el verdadero motivo de su detencion le preguntó con desagrado: ¿miráis que tengo los cabellos blancos? Los asistentes tomaron estas palabras por mal agüero, juzgando que no tendria feliz suceſo la union de dos personas tan poco conformes entre sí. La corte de España que habia oido las maravillas que de la belleza de la Reyna se publicaban, como exageraciones con que ordinariamente se suele adular á los principes, vió con asombro, que quanto se habia dicho era menos que la verdad. La princesa, que unia á su belleza el esplendor de la mas florida juventud, cautivaba todos los corazones

y se hacia adorar de los pueblos y en la corte, siendo para ella cada salida publica un verdadero triunfo: Finalmente, si es cierto que la belleza es una especie de magestad, puede decirse que ninguna Reyna lo fué jamas tanto como ella. Era dificil que el afortunado esposo que poseia tal complemento de perfecciones, no estuviese enagenado encontrando siempre una suavidad tan atractiva y una consecuencia tan inalterable; mas aunque el Rey conociese tales prendas no lo descubria exteriormente juzgandole ser despresivo de su grandeza manifestar cuánto habia llegado á poseerle su belleza. Su trato austero y su regularidad en limitar à los términos de la no-

che sus caricias y afecto, como si temiese ser visto de su esposa en algun estado menos grave que aquel en que le veian los demas, no correspondian á la idea que la Reyna tenia de la vida que deben observar dos esposos que cifran su felicidad en amarse; y asi miraba á su marido como á una persona de quien no poseia mas que el cuerpo, pues su ánimo estaba ocupado en los desig-nios de su ambicion y cabilaciones politicas.

Entre tanto era de el tan ama-da que su posesion avivó su cariño en vez de aminorarle ya sea porque la posesion misma que sacia ordinaria-mente los deseos de la mayor parte

de los hombres, no servía sino de atizar los suyos, ya descubriendole atractivos escondidos, ó ya porque el secreto con que el encubría su amor fomentaba su vehemencia.

Entre tanto D. Carlos se hallaba sumido en una inquieta zozobra por saber, que afectos habia causado en el animo de la Reyna, aunque cuando ella lo miraba le parecia ver en sus ojos una benignidad secreta y apasionada que no habia hallado en otro tiempo. Aunque deseaba certificarse de la verdad de cuanto veia, no le habia sido posible hablar en secreto à la Reyna, porque mientras duraron los regocijos de las bodas, nunca estaba sola, pero en fin la suerte le ofre-

ció una ocasión cuando menos la esperaba.

Como el Rey había venido á España desde Flandes poco antes que la Reyna, aun no había hecho las exequias al Emperador su Padre, cuyo cuerpo estaba en depósito en el Monasterio de Yuste donde había fallecido. La Reyna gustó acompañar á su marido en este viaje, por ser el lugar á donde iban, uno de los mas bellos y amenos de España. Está situado el Convento de Yuste hácia el medio de la Vera de Plasencia en las faldas de una alta cumbre que tiene al norte. Este Valle está cubierto de una eterna verdura, que solo se encuentra en países tan templados como este; mil

riachuelos que nacen de aquellas elevadas sierras haciendo varios y tortuosos giros se precipitan en la llanura cuyo terreno fertilizado con esta abundancia de agua viva produce una infinidad de naranjos, limones y otros arboles frutales, que adornan tan apacible clima. Mantienen estas aguas en los ardores del estío debajo de las arboledas de aquel desierto una frescura tal, que no podría producirse en otra parte aun con todo el esfuerzo del arte humano. Habiendo llegado la corte á esta soledad famosa por haber sido retiro de Carlos V, y satisfechos los primeros deberes de piedad, quiso el Rey ver á un religioso mozo á quien amó mucho su padre, y en

tre otras cosas gusto de saber el origen
 de tal afecto. Dijéronle que como el
 Emperador tomando una mañana el
 oficio de este religioso, fuese á desper-
 tar á los demas y al referido, que
 aun era novicio, le halló en un sue-
 ño tan profundo, que le costó mu-
 cho despertarle, y levantandose al fin
 el novicio enfadado de que le hubie-
 sen interrumpido el sueño, no pudo
 contenerse en decirle al Emperador:
 V. M. Señor, debía darse por con-
 tento con haber turbado el reposo del
 mundo mientras estuvo en él, sin venir
 también á inquietar á los que le han
 dejado; y que esta respuesta le habia
 parecido tan lagada y oportuna que
 desde entonces siempre le habia amado.

Despues de este y otros discursos, se separaron los cortesanos para espaciarse en aquel deleitoso desierto, y la Reyna cansada dél viaje quedó casi sola con D. Carlos; y como los que habian quedado cerca de ellos no eran de clase digna de mezclarse en su conversacion, el Principe satisfecho de la oportunidad le propuso que descansase en un bosquecillo de naranjos que estaba detras del apartamiento del Emperador. Fueron allà, y D. Carlos, que temia no se interpusiesen otros asuntos, comenzò desde luego la conversacion con tal libertad y de una manera tan resuelta, que el mismo quedó pasmado é hizo que casi depusiese la Reyna, la sospecha que habia conce-

bido de su desígnio. Primero le advirtió que no incurriese en turbacion alguna por las cosas que tenia que decirle, y que estuviese persuadida que jamas le causaría otro enojo que este de escucharle. Rogole despues que se acordase del tiempo en que habian estado destinados el uno para el otro, y que considerase quan profunda debia ser la impresion que una esperanza tan alagueña habia dejado en su corazon;» impresion, que no ha podido borrar nuestro destino, y yo conozco, Madama, que jamas se borra." La Reyna al principio no pudo dejar de tener complacencia viendo á un hombre con sentimiento tan apasionado por ella, à que no contribuyo poco ser

la primera vez que oia tan manifiesta declaracion amorosa; pero haciendo despues reflexion sobre las palabras del Príncipe, comprendió bien su eficacia, y le hicieron formar una idea tan funesta del estado del ánimo de D. Carlos, que le movió á compasion. Entonces le manifestó que la estimacion que le habia profesado quando estaba destinada para su esposa, no le permitia mirar sin dolor quanto le veia padecer, y negarle los consuelos que podia darle sin ofender su decoro. El príncipe respondió que el no aspiraba mas que á verla y hablarle; pero da Reyna, que temia acaso decir mas que lo que ella quisiera, se levantó á estas palabras, y acercandose el principe

de Parma, y Rui Gomez de Silva que venian hácia ellos, concluyó diciendo solamente á D. Carlos; que si era prudente, y si de veras la amaba, procurase huir de ella en vez de buscarla.

Quedó D. Carlos muy satisfecho de haberle declarado su pasion, y pareció despues de ánimo tan placentero quanto antes andaba solícito. La Reyna lo notó al punto; mas como no hay forma ó disfraz alguno, bajo el qual el amor no se encubra para insinuarse mejor, la Reyna creyó que por prudencia y generosidad estaba obligada á tener secreta la pasion del Príncipe, y se congratulaba con él manifestándole, que miraba la mudanza

de su humor como un efecto de su discrecion: más D. Carlos le aseguró que nada habia tan opuesto á su genio á que el no supiese atemperarse en obsequio del objeto de su pasión.

Mediando estos antecedentes y el sucesivo trato llegó á prevalecer entre la Reyna y el Príncipe la mayor confianza. D. Carlos le refirió con indecible complacencia cuanto habia pasado en su corazon desde la vez primera que habia oido hablar de su persona; y la Reyna le hizo narracion de su vida con mil particularidades que entretuvieron gustosamente su atencion. Solo cuando llegó al asunto de su matrimonio no manifestó los sentimientos que tuvo en tal ocasion tan libre

y circunstanciadamente como el Principe los suyos; pero la violencia que este observó en la Reyna para pasarlos en silencio le dijo mas que quanto le habia declarado. En estos agradables entretenimientos pasaban el tiempo que podian dedicar á sus distracciones; mas la fortuna cansada de favorecerlos empeñó á D. Carlos en un incidente que fué el primordial origen de su desastre. Entre todas las damas á que la belleza de la Reyna habia causado alguna envidia, no habia ninguna en quien esta tuviese mas entrada que en la Princesa de Ebolí. D. Ana de Mendoza y de la Cerda. Era esta la mas bella y despejada Señora de la Corte y asi por este moti-

vo como por la privanza de Ruy Gomez de Silva su marido hacia en ella uno de los principales papeles. Era la Princesa de Eboli muy amante del fausto y de los placeres y gustaba de ser obsequiada á título de sus dotes personales y de su talento. Por estos medios se habia hecho muy gran lugar en el corazon del Rey; pero habiendole perdido desde el casamiento de este emprendió hacerse amar de D. Carlos en quien no creia hallar el obstaculo, que le habia despojado de la aficion del padre. Tenia Ruy Gomez su posada en el mismo cuarto del Principe como su ayo que era; y la princesa su muger à mas de la comodidad que este motivo le daba

de ver à D. Carlos, tenia frecuentísima ocasion de obligarle, conciliandole cada dia la indulgencia de su marido. D. Carlos como tan generoso viendo que ella se interesaba ahincadamente por él, la mostraba gran reconocimiento y obsequio. Teniendo tan favorables disposiciones esperaba la princesa buen éxito de su empresa, y halló bien pronto una ocasion de conducir el Principe donde queria. La pasión que el tenia à la Reyna, le habia inspirado cierta indiferencia ó desprecio de todas las demas mugeres; lo qual junto à la propension comun à la mayor parte de los jovenes de su calidad de burlarse de las mas de las mugeres, y à las lisonjas de los adu-

ladores, le había acostumbrado á una libertad mas petulante que cortesana. D. Carlos y el Príncipe de Parma mas joven y menos juicioso que él, hicieron un dia una burla de este genero á algunas damas del primer rango, las cuales resentidas altamente se quejaron á la princesa de Eboli que trabajó mucho para conseguir de Rui Gomez de Silva que no diese cuenta al Rey; y aquella misma tarde hallandose esta dama en su retrete sola con el Príncipe, se puso á reprenderle la poca consideracion que tenia con las Señoras, y despues de haberle dicho muchas chanzas y galanterias sobre este asunto, concluyó diciendo que era nesesario todo el grande afecto que

ella le tenia para perdonarle semejantes procederés. El príncipe, que no advertia á donde ella tiraba, y que estaba en el caso de mostrarle mucho reconocimiento, le respondió riéndose, que ella tenia mas razon que pensaba para empeñarse por él, porque la poca estimacion que el hacia de otras nacia de que en ella sola se habia refundido todo el aprecio y consideracion debidos á su sexo. La princesa lisonjeada de estas palabras, que ella interpretó por una declaracion amorosa, le respondió de modo, que le descubrió su designio, el que conocido por D. Carlos determinò no corresponderle. La princesa era de aquellas mugeres, que sin tener muy singulares fac-

ciones, las distingue cierto atractivo indefinible que no se suele encontrar en otras hermosuras mas sobresalientes; pero por peligrosa que fuese, D. Carlos estaba tan preocupado con la Reyna, que en comparacion de sus gracias y belleza, todas las demas le parecian groseras y despreciables; y casi miró con desden las insinuaciones de la princesa, si bien recibió sus ofrecimientos del modo mas expresivo y obligatorio que le era posible sin corresponderlos.

El amor entretanto, que dio ocasion à esta entrevista, hizo salir al teatro de la corte otro personaje, para resarcir la falta de D. Carlos. Fue este, D. Juan de Austria hijo natural de

Carlos V. y de una Señora de Ratisbona llamada Bárbara Blomberg, que el Rey sacó por este tiempo de poder del mayordomo del Emperador, Luis Quijada Señor de Villagarcía, y de su muger D^a Magdalena de Ulloa, quienes le habian criado como á hijo suyo primero en Leganés y luego en Villagarcía, y como tal le trataron mientras vivió el Emperador, siendo notable que aunque le habian criado como hijo suyo, tenia tanta ambicion y altivez como si hubiese sabido quien era: y asi es que al punto que Luis Quijada se echó á sus pies, antes de presentarle al Rey como se le habia mandado, D. Juan le miró con tal mesura y tranquilidad, como

si no estrañase tal mudanza, antes la hubiese esperado mucho tiempo, y no hallase cosa en el nuevo rango que ocupaba que excediese su merecimiento. No estubo ni un instante suspenso, y todo el mundo vió con admiracion al hijo de Luis Quijada acostumbrarse en menos de media hora á ser hijo del Emperador. Tenia D. Juan por este tiempo catorce años como nacido en 24 de Febrero de 1545. Desde que principió á tratar á la Reyna, le cobró un grande afecto, ya estimulado de su atractivo ó ya con el intento de que contribuyese á su fortuna; mas esta aficion, aunque algun tanto disimulada, y el zelo que mostraba por la Reyna llegaron á cau-

sar sospechas en D. Carlos que desde entonces no pudo menos de cobrarle aversion.

No tiene afecto alguno el animo del hombre en que sea mas ordinario el disimulo que en el amor; ni donde sea mas dificultoso el disimular. El principe no pudo siempre tener tan encubierto su enfado quando se hallaba embarazado con la presencia de D. Juan, que éste no reparase al fin en algunos indicios, y bien presto adivinó el motivo. Mas queriendo satisfacer su curiosidad, procuró saber si la passion del Principe era conocida á la persona que la ocasionaba, y si en este caso era ó no correspondido. Para descubrir esto resolvió hacerse el amante de una dama

francesa de la Reyna que era muy hermosa, la cual parecia estar en mayor intimidad y privanza con la Reyna; y para hacer verosimil esta ficcion nada omitió de quanto podia emplear para agradarle, y ganarla; pero no pudo sacar de ella el secreto, porque lo ignoraba, mediante que la Reyna lejos de confiarlo á persona alguna, queria aun poderlo ocultar á si misma. D. Juan habiendose separado algun tanto del frecuente trato de la Reyna y del principe, todo el tiempo que se dedicò á galantear á esta dama, se hizo insensiblemente tan propicio á D. Carlos, quanto hasta entonces habia sido importuno. Por otra parte llegó á considerar D. Juan que si los dos tenian secreta confianza

é inteligencia, no llegaria él á penetrar cosa alguna mezclandose en las conversaciones, porque sabrian guardarse de él, y que su presencia no serviria sino de hacerle mas odioso y de alejarle mas de su confianza, que con todo empeño le convenia asegurar. Con todo pareciéndole mas facil y no menos conveniente ganarse principalmente la de D. Carlos, cuyo natural sincero, franco y leal le proporcionaba mayor familiaridad y feliz suceso, mudó enteramente de conducta, no se valió de la franqueza que le daba la calidad de tío, y se transformó en el mas respetuoso de los cortesanos. Aprovechaba D. Juan tan diestramente todas las ocasiones de celebrar las calidades del Príncipe, que no

atribuyendo tales elogios á adulacion, vino este insensiblemente á creer que su tío le amaba de véras, y estrechó desde entonces su confianza con él; mas como la de un hombre discreto y cauto jamas se estiende al secreto de su amor; el principe, aunque confió muchas cosas á su tío, le reservó aquella que tanto deseaba saber. D. Juan desesperado de descubrir nada determinó tentar otro medio: se hizo amante de la princesa de Evoli á quien el por otra parte consideraba como á una persona cuyas advertencias podian serle muy utiles para saberse conducir en la corte. Con todo no obsequiaba á la princesa con aquel ardor que inspiran las pasiones, sino con las demonstra-

nes que eran necesarias á conseguir sus designios. La princesa le correspondió fácilmente y en breve entablaron un trato tanto mas gustoso y agradable quanto estaba esento de los zelos y disturbios que producen las verdaderas pasiones. Viendo e D. Juan en este estado con la princesa resolvió descubrirle quanto habia sospechado del amor de D. Carlos, de lo que no dejó de holgarse esta señora, y le aconsejó solamente que continuase en observar lo todo, porque por mas circunspecta que sea una persona, es imposible, que alguna vez no olvide la circunspeccion, quando de veras tiene el corazon herido. La princesa se no se paró à reflexionar que interés podia

al tener en este negocio, ni el tampoco examinó el empeño con que ella prometió aplicarse à sondearle. Pensó D. Juan, sin adelantar más el juicio, que esto era efecto de los deseos que ella tenia de complacerle, ó de la ordinaria curiosidad del secso; y ciertamente personas tan atentás y astutas presto hubieran descubierto lo que se proponian investigar, sino hubiese ocurrido un accidente que desbarató todas sus medidas con alejar á D. Carlos de la corte, y accidente que no puede ser bien comprendido si no se da noticia de él desde el principio.

Entre los rumores que corrian por el mundo quando el Emperador Carlos V. se retiró de él, el mas

extraño y absurdo fue, que el continuo
 comercio que habia tenido con los pro-
 testantes de Alemania, habia hecho al-
 guna impresion en sus opiniones reli-
 giosas, y que para tener la libertad de
 acabar sus dias entre exercicios de pie-
 dad conforme á sus secretas disposicio-
 nes, habia determinado esconderse en
 una soledad. Decíase que no podia per-
 donarse asi mismo el mal tratamiento
 que habia dado á los principes Alema-
 nes del aquel partido, que la fortuna de
 las armas habia puesto bajo su poder,
 que no se habia atrevido á condenar
 una religion que seguian personajes tan
 eminentes en todas lineas, á quienes
 estimaba; como se dejó ver en la elec-
 cion que hizo para su trato interior, y

direccion espiritual de sujetos sospechosos de aquellas opiniones, como Agustín Cazalla (1) natural de Valladolid su predicador, y Bartolomé Carranza Arzobispo de Toledo, (2) y sobre todos Constantino Ponce, (3) su director,

(1) *Se hizo luterano y despues de la muerte del Emperador fue quemado en Valladolid en 21 de Mayo de 1559.*

(2) *Bartolomé Carranza Arzobispo de Toledo al llegar á España asistió al Emperador en su muerte, fue preso inicuamente en Torre-Laguna en 22 de Agosto de 1559 por los inquisidores D. Diego Ramirez Sedeño y D. Rodrigo de Castro que despues fue Arzo-*

obispo de Drosa. Pero con lo que mas querian confirmar estos rumores era con su testamento hecho segun decian sin legados pios ni fundacion alguna de memorias ni sufragios, practica contraria á la que observan los catolicos por lo que, añadian, la inquisicion juzgó tener derecho á reformarle. Si esto fué así no se atrevió á proceder antes de la llegada del Rey à España; mas ha-

bispo de Sevilla por, mandado de D. Fernando Valdès entonces Arzobispo de esta Ciudad è Inquisidor General.

(3) *Los huesos de este y del D. Juan Gil fueron quemados en Sevilla en 22 de Diciembre de 1560.*

biendo este Principe señalado su arribo con el suplicio de los secuaces de las nuevas opiniones, haciendose el santo oficio mas respetado, echò mano en primer lugar al arzobispo de Toledo, despues de Agustin Casalla y finalmente de Constantino Ponce. No habiendo puesto el Rey impedimento alguno à la prision de los tres, miró el pueblo esta tolerancia como un exceso de zelo por las verdades catòlicas; pero toda Europa vió con horror que el confesor de Carlos V en cuyos brazos habia exalado este principe aquella alma tan grande, fuese entregado à aquel inicuo tribunal, y espuesto al mas cruel y afrentoso suplicio por las mismas manos del hijo.

Efectivamente se dijo que, en el proceso formado por la inquisición se les acusaba á estas personas de haber tenido parte en el testamento del Emperador, menos al arzobispo; empero fue lo cierto que la inquisición los condenó con el testamento al fuego. A esta sentencia, como á un golpe imprevisto, volvió el Rey en sí, y al principio, el zelo que, como era justo, tenia por la gloria de su padre, le hizo ver con desagrado espuesta su memoria á un proceder tan horroroso y habiendo meditado sus consecuençias impidió sus efectos por los medios mas suaves y secretos que pudo arbitrar, á fin de conservar la opinion del santo oficio, y de salvar la autoridad de tan respetado tribunal.

D. Carlos, como tan despejado; à las primeras noticias que tuvo de este negocio, se burló de él; mas viendo que la inquisición continuaba sus procedimientos, concibió un enojo proporcionado à la estimacion que hacia de la memoria de su abuelo el Emperador. No dejaba tampoco de tener motivos particulares para ello; porque es de advertir, que este Monarca, práctico sin duda en conocer los hombres de calidad, habiendo concebido grandes esperanzas de **D. Carlos**, quando se retiró de España quiso tenerle consigo, y en escuela tan escelente de prudencia y magnanimidad, se confirmó el principe en su natural amor à la gloria y à las virtudes heroicas. El deseo de corresponder dignamente à los

cuidados de este augusto preceptor, le habia en cierto modo madurado precozmente el espiritu y hecho producir frutos anticipados, habiendo sabido el Emperador manejar la vivacidad y ardor natural del principe con tal arte y dulzura, que le habia en poco tiempo templado visiblemente, sin reprimir del todo sus ímpetus, por ser de temer que su fogosidad le precipitase en el mal, si se tratase inconsideradamente de sofocarla. Quedole empero campo libre para que caminase á la gloria á que le llamaba su índole y la vehemencia de sus deseos. Tales documentos de que era deudor á su abuelo y la inmediacion à el con que se habia educado, le habian inspirado hácia el Emperador un afecto

extraordinario que no permitia, sin ofenderle vivamente, tratasen de denigrar la memoria del ilustre difunto. D. Juan de Austria y el principe de Parma interesados igualmente que D. Carlos en la misma gloria, blasfemaban como todos, de la flaqueza y debilidad del Rey, que no resistia tales procedimientos con todo su poder, como hubieran querido, y concibieron de su persona un desprecio que los acompañó toda su vida. No reflexionando como mozos que el poder de los Reyes aun mas absolutos, no se estiende á las opiniones religiosas de los pueblos ya sensatas ya supersticiosas, hablaron públicamente del proceder de la inquisicion con toda la ira y libertad que les

inspiraba tan justo motivo, amenazando destruir tan arbitrario tribunal y á todos los que lo sostenian. El pueblo, que supo por artificio de los inquisidores estas amenazas, como no habia conocido cosa semejante (tal era el miedo, y sumision con que los miraban y tal la crueldad con que exercian su ilimitado poder) mostrò un extraño sentimiento, y el Rey vió pronto las consecuencias de su indignacion; mas aunque supo que los principes dejandose llevar de su enojo, habian blasfemado de su procedimiento, no quiso hablarles el mismo sobre él particular, temiendo recibir una respuesta poco respetuosa, y dió la comision á Rui Gomez de Silva quien la evacuó con toda la eficacia,

que el asunto pedia. D. Juan y el príncipe de Parma mas reportados naturalmente que D. Carlos, se rindieron á la inquisicion, y aun temieron haber perjudicado á su fortuna atrayendose el odio de los inquisidores, y el del pueblo á quien estos tenían obcecado. Mas el príncipe, cuyo natural se irritaba con las dificultades, jamas llegó á persuadirse que no habia tenido razon en las que habia proferido contra el santo oficio. Por entonces fue abrasado vivo Agustín Cazalla y en estatua Constantino Ponce que habia muerto pocos dias antes en la carcel. El Rey se vio obligado á tolerar esta ejecucion para que el santo oficio consintiese en que el Arzobispo de Toledo apelase á Roma, y no

sé volviere á hablar del testamento del Emperador. Este ajuste aquietó á D. Carlos, mas no á los inquisidores.

Estaba por este tiempo la Universidad de Alcalá en el mayor grado de esplendor, por lo que todas las personas señaladas que venian á España visitaban esta insigne Academia. Fingió el Rey que los principes tenian esta misma curiosidad, y para que en breve verificasen el viaje á Alcalá, pretesto la partida del principe de Parma que dentro de poco acompañado del conde de Egmond debia pasar á Flandes para celebrar alli su casamiento. D. Carlos sintió esta resolucion porque era necesario separarse de la Reyna.

El Rey que no podia apartar de

Y á Rui Gomez, dispuso que el Conde de Egmond acompañase á los principes en su viaje. El Conde era uno de los mayores capitanes de su siglo: habia adquirido mucha gloria en la ultima guerra, y en la batalla de San Quintín y de Gravelinas; y entre todos los grandes hombres formados por Carlos V. ninguno tuvo mas parte en la estimacion del Emperador. La Duquesa de Parma que previa la tempestad que se levantó despues en las provincias que el Rey su hermano habia confiado á su gobierno, le representó los inconvenientes que podian resultar de las novedades que queria introducir en ellas, y á este fin habia enviado al Conde de Egmond, como persona de

tal calidad, y para quien no era nuevo tener que hablar á los principes con aquella noble y saludable libertad de que tan pocos son capaces. D. Carlos que naturalmente estimaba las personas extraordinarias, escogió del conde le contase la ultima batalla que el habia mandado. El Conde, á quien lisonjaba tal curiosidad le satisfizo plenamente y D. Carlos mostró suma impaciencia de hallarse en cosas semejantes á las que oia, asegurando al conde que si las turbulencias de Flandes llegaban á un rompimiento de guerra como parecia temer la Gobernadora, ninguna cosa le impediria partir á aquellas provincias para aprender á su lado el arte militar de su persona.

Un accidente impensado hizo que el principe se detubiese en Alcalá. Habia esta ciudad presentado á D. Carlos un caballo de gran valor, pero tan indómito como hermoso. Quiso el principe que lo montasen á su vista y se disgustó tanto de todos aquellos que lo hicieron, que el mismo lo quiso montar. El caballo que se habia calentado demasiado, despues de un rato de exercicio se enfureció con tanta vehemencia que D. Carlos tuvo que arrojarse á tierra, pero lo hizo tan desgraciadamente que quedó del golpe como muerto, y aunque volvió en sí algun tiempo despues, habiendo los médicos reconocido una herida que se había hecho en la cabeza desconfiaron de su vida.

Así se hallaba el principe cuando envió al marqués de Poza su privado con la despedida y ultimas memorias á la Reyna. Desde el primer rumor de aquel accidente se preparó la princesa de Eboliá á observar la impresion que tan infausta noticia producía en la Reyna, y cómo disimulaba mediante no hallarse prevenida á un golpe tan impensado; mas la Reyna en tal ocasion frustró las intenciones de la princesa no dejandose ver, y aunque su miramiento no le permitiese desahogar su afliccion en lamentos y otras señales de dolor; su retiro, su silencio y su consternacion indicaron bastantemente su profundo sentimiento, que la princesa de Evoliá práctica en achaques

amorosos, no podia atribuir á puro y desinteresado afecto. El pueblo entretanto á exemplo de los inquisidores, lejos de manifestar sentimiento por tal desgracia, la miró como un castigo conque el cielo manifestaba la impiedad de D. Carlos.

La Reyna creyendo de su deber participar al principe la pena que le habia causado su peligro y padecer, le escribió una carta en que deslizando algun tanto la pluma vertió sentimientos demasiado afectuosos y tiernos, é hizo partir con ella al mismo marqués de Poza, con orden de que si cuando llegase á Alcalá hubiese muerto D. Carlos se la devolviese. Esta carta inspiró en el corazon del principe una alegría

tan estremada que fue parte á restituirla le la salud y aun la vida.

Luego que estuvo fuera de riesgo, hizo el Rey traerlo á Madrid donde la primera vez que vió la Reyna á D. Carlos le pidió su carta; mas por grandes esfuerzos que ella hizo para recobrarla del príncipe no le fue posible porque estimando esta prenda tanto como la vida que le habia restituido, se obstinó en conservarla bien lejos de pensar que esta carta habia de influir tan poderosamente en su desastre.

Cuando D. Carlos regresó á Madrid estaba la Reyna en cinta, accidente que irritó sus zelos hasta el punto de hacer demostraciones de despecho tan poco cuerdas y prudentes que qualquiera

ra le hubiese tenido por hombre fuera de juicio. Mientras el principe acababa de recuperar su salud parió la Reyna á la ilustre D^a Isabel Clara Eugenia, heredera de su hermosura no menos que de su espíritu y nombre. Nació esta Infanta en 12 de Agosto de 1566, en Balsainá donde había pasado la corte á tener el verano. Despues cayó enferma la Reyna de las viruelas pero el cielo, tal vez movido de las súplicas generales del pueblo, no solo le conservó la vida sino que ni aun perdió su belleza habiendo salido de la enfermedad tan hermosa como antes.

Por este tiempo tuvo el principe el disgusto de separarse de la Reyna, porque habiendo queurido su madre D^a

Catalina tener la complacencia de verla, vino á Burdeos á principios de 1565 con su hijo Carlos IX teniendo ya tratadas las vistas de la Reyna en Bayona y dispuestas allí muchas fiestas y regocijos para los dias de la concurrencia. La Francesa venia acompañada de una pompa y ostentacion soberbia, así para obsequiar á su hija la Reyna, como para hacer alarde de la grandeza de su corte. Deseaba mucho verse con el Rey de España; pero este no lo tuvo á bien. Salió la Reyna de Madrid acompañada de los duques de Alba, Infantado y Osuna, D. Juan Manrique mayordomo mayor, el cardenal de Burgos y otros. El de Alba llevaba en nombre del Rey un toison para el Rey

de Francia su cuñado. Iba tambien autorizado D. Juan Manrique para que la Reyna de Francia pudiese tratar con ellos como con el mismo Rey los negocios que ocurriesen. El cardenal de Burgos y el duque del Infantado iban particularmente encargados de la Reyna. El duque de Anjou hermano del Rey entró á recibirla algunas leguas dentro de la raya de España; pero el Rey y la Reyna madre la esperaron en la misma raya, donde se vieron y abrazaron con grande y mutua satisfaccion teniendo aquella noche en San Juan de Luz, y al otro dia pasaron á Bayona. A la Reyna D.^a Isabel la llevaron en medio el cardenal de Borbon y el duque de Orleans. Hubo alli muchas fiestas de

justas, torneos, combates de castillos, saraos y banquetes, todo con gran magnificencia, pues los franceses se empeñaron en que brillase la grandeza y opulencia de su corte. La Reyna madre se alojò en el palacio del Obispo; y la de España en una casa contigua formada de madera, ricamente alajada. Entre uno y otro edificio habia comunicacion secreta, por donde la madre iba à verse con la hija, y allí hacian concurrir secretamente al duque de Alba y à D. Juan Manrique para tratar del remedio de los gravisimos daños que causaba en Francia la heregia; en lo que prevaleció el dictamen del Rey católico que fue pecharse prontamente sobre los principales Hugonotes, cortando el mal.

en su raiz como se executó quando llego la ocasion oportuna. La Reyna de España se portó en esta entrevista con mucha magestad, liberalidad, y prudencia.

Estas visitas y deferencias de la Reyna de Francia con el duque de Alba y D. Juan Manrique, como tambien lo que vamos á referir contribuye à poner en claro los sucesos y cãtastrofe de D. Carlos.

La Reyna de Navarra Juana de Albrit viuda del Rey Antonio princesa del Bearne y madre de Enrique IV primer Rey de la casa de Borbon, era acérrima defensora de los Hugonotes (por lo que, se dice, le quitaron la vida con unos guantes envenenados.)

se habia declarado por la Religion protestante algun tiempo habia. Su hijo, á quien ella conceptuaba inclinado á la misma Religion, era mirado desde entonces por los observantes de ella como su protector. Viendo los Españoles que las pretensiones de esta corte sobre la Navarra superior estaban en manos de este niño criado con un odio hereditario contra ellos, fortalecido por la diferencia de la Religion, y sostenido por un partido tan temible como el de los Hugonotes, determinaron arrebatar á este Principe con la Reyna madre y la Princesa su hermana del medio de sus estados, y transportarlos á España para entregarlos á la inquisicion. Las casas del partido catolico de

Francia de inteligencia con el duque de Alba por privar al partido contrario de un tal apoyo como el de la casa de Navarra, se empeñaron gustosos en contribuir con quanto estuviese á sus alcances al feliz ecsito de esta empresa.

Un celebre facineroso llamado el capitán Domingo, Bearnés de Nación fue encargado de la execucion por el perfecto conocimiento que tenia del pais. Una parte de las tropas que esperaban viento favorable para pasar á Berberia, debian avanzarse hasta Tarragona y desde esta ciudad era muy facil conducir por las montañas secretamente un numero cuantioso de caballeria para sorprender á la Reyna y

á sus hijos que residian en el país de Bearne, sin guarnición alguna; mas los grandes designios del príncipe desvanecieron la empresa y desvarataron planes tan bien concertados, salvandose para ser algun dia el restaurador de la Francia y el terror de sus enemigos. Poco antes del viaje de Bayona, el capitán Domingo auxiliado de algunos gobernadores franceses dependientes de aquellos que lo hacian obrar, habiendo dispuesto todas las cosas nesesarias en los lugares para llevar á cabo su intento, pasó á España á tomar las ordenes del duque de Alba y hacer marchar las tropas destinadas á la execucion. El de Albi, despues de haberse concertado con él, le envió al Rey que asistió en

las cortes de El capitán cayó gravemente enfermo y se vió obligado á detenerse en Madrid por donde le habia sido forzoso pasar. Durante su enfermedad fue asistido con todo lo necesario por un francés domestico de la Reyna. No sabiendo como manifestarle su agradecimiento, se dejó decir un dia impensadamente que su vida era de mayor importancia que parecia, y que el esmero con que habia cuidado de su salud, llegaria tiempo en que fuese públicamente recompensado. Estas palabras pronunciadas de un modo enfático, hicieron sospechar á el amigo que tenian algun fundamento de consideracion; é inspirándole gran curiosidad de penetrar el

misterio que encerraba, procuró saberlo. El capitán, no atreviéndose á negar cosa alguna al que tanto debía, le pagó, con manifestarle el secreto, los favores recibidos. El amigo entonces dio noticia de todo á la Reyna su Señora y que mantenía estrecha correspondencia con la de Navarra; y mientras el capitán convalecía y acababa de arreglar con el Rey cuanto se requería para la empresa, hizo dar aviso á la Reyna madre, por lo que desbarató la trama completamente.

Sucedio despues, como se ha referido, el viaje de la Reyna á Bayona donde la esperaba la corte de Francia. Estaba esta dividida en dos facciones tan contraria la una de la otra, como

lo eran ambas de los Hugonotes sus enemigos comunes. Aunque ambas eran católicas, la una mas particularmente se calificaba de tal; de esta eran cabezas los amigos del duque de Alba, autores primeros de la conjuracion de Berne. Como estos echaban ya los fundamentos à la liga que se formó diez años despues, vivian en grande union con los Españoles; pero la otra faccion que era la del Rey, à cuya cabeza estaba la Reyna madre Catalina de Médicis, no era muy adicta á los Españoles; porque aspirando esta á la independencia, y conociendo que en todo trato y alianza siempre habian de preponderar los Españoles, no confiaba mucho del Rey su yerno ni de sus mi-

nistros, aunque se veia precisada á tratar y entenderse con ellos. Los confidentes del duque de Alba, que tenían con la Reyna Catalina comercio familiar, hicieron tanto y con tanta sollicitud mientras duró la entrevista en Bayona, que al fin llegaron á descubrir con toda certeza, haber sido la Reyna de España quien habia frustrado todos los proyectos; mas no pudieron averiguar cómo estas cosas habian llegado á su noticia. El duque de Alba no podia persuadirse que una muger tan joven é inesperta hubiese sido capaz de poner en execucion tan delicado asunto; mas como la intimidad de D. Carlos con la Reyna le hubiese sido siempre sospechosa, llegó á pensar, que ha-

bia obrado con conocimiento del príncipe y aun de concierto con él; y con el despecho que causa à su autor ver descubiertos sin provecho sus perversos intentos, resolvió tomar venganza y la logró al cabo.

D. Carlos no sabia cosa alguna de esta conjuracion antes del viaje à Bayona; pero despues, divulgado el suceso, la Reyna le confesó que era verdad. Indignado el príncipe con la noticia de semejante empresa, no pudo contenerse en decir en presencia de D. Juan de Austria y de la princesa de Eboli que él castigaria severamente algun dia à los que daban à su padre tan viles y perversos consejos. El duque de Alba era conocido de todos

por autor de esta conjuración, y el Rey no hacia cosa alguna sin el parecer de Rui Gomez, por lo cual esta amenaza no podia caer sino sobre estos dos ministros, y habiendo la princesa de Eboli comunicado á su marido las expresiones del príncipe, este privado juzgó ser tiempo de tomar satisfaccion de D. Carlos y de oponerse á la autoridad que en consideracion á sus años principiaba á darsele. Estos dos ministros partian igualmente el favor y privanza de la corte: con esta diferencia, que el duque de Alba era privado del Rey, y Rui Gomez de Felipe. Esta concurrencia no habia podido menos en algunas ocasiones de producir disturbios entre los dos; mas la

necesidad de reunirse para obrar de acuerdo y el interes comun los avino en este lance. El duque de Alba que gobernaba como Soberano quanto dependia de las armas, conociendo la inclinacion del príncipe á la guerra, temia que le disminuyese su autoridad en la primera campaña que se ofreciera, y que quisiese obtener el supremo mando y generalato de los exercitos. A esto se unia la persuacion en que estaba de que D. Carlos jamas le perdonaria una cosa que algunos años antes habia pasado entre ellos.

Habia el Rey convocado las Cortes de Aragón para hacer reconocer á su hijo D. Carlos por inmediato y legitimo sucesor á la corona de España.

En esta ceremonia, llegado el caso de que el duque de Alba hiciese el juramento de fidelidad, le llamó el Rey de Armas por tres veces, pero en vano, porque no estaba presente. Poco después se presentó fuera del orden regular para cumplir con su deber; mas D. Carlos le recibió con aspereza, apesar de haberse excusado el duque con las ocupaciones extraordinarias, en que este dia estaba empleado como Mayordomo mayor; pero el Rey obligó al príncipe à admitir sus respetos y sumisiones.

En cuanto á Rui Gomez de Silva, como este disponia absolutamente de la justicia y de la Real hacienda, temia que el príncipe inclinado natu-

ralmente á dar, no le dejase sino el mérito de obedecer, y el compromiso de no poder satisfacer á todos, por no haber para tanta generosidad: por otra parte el tiempo que habia sido Ayo de D. Carlos, no habia podido tener contento al Rey sino dirigiendo al príncipe con el mismo rigor con que le trataba su padre; tratamiento que fue el germen de la desavenencia de D. Carlos con este, y del cual procuraremos dar idea refiriendo algunos sucesos aunque menudos y pueriles.

Habiendo D. Carlos entrado apenas en el uso de la razon, la Reyna de Bohemia su tia, hizo castigar severamente á un ministro que él queria mucho, de lo que D. Carlos llevado de

su arrebatado natural se le quejó con alguna aspereza; y habiendole esta princesa amenazado con azotes sino callaba, D. Carlos, á quien no se podía hacer mayor injuria que el tratarlo como niño, se irritó en tales términos que le dio una bofetada. Sintió luego lo que había hecho y se puso en extremo pesaroso, señaladamente cuando vino su Mayordomo llorando. Así que lo vió D. Carlos receloso por el lance en que se hallaba le preguntó el motivo de sus lagrimas; y aquel le contestó, que su padre sabiendo el delito que había cometido le había condenado á muerte. A esta noticia consternado el príncipe preguntó: y que ¿que no habra alguna gracia pa-

ra mi? Fueron algunos á pedirlo y volviéron á decirle que se habia obtenido la de conmutar la pena de muerte en que perdiese la mano conque habia ofendido á la Reyna su tia. A lo cual repuso sin detenerse: »verdaderamente que sería linda cosa, ver á un Rey con una mano de menos." Replicáronle que podia estar contento de la indulgencia que con el se usaba; pero con todo, que si queria sujetarse á algun castigo, su padre tendria compasion. Con esto pareció resignarse y entonces envió el Rey al cardenal de Espinosa para que le azotase, castigo que de otra suerte no hubiera tolerado.

Algunos años despues, al convalecer D. Carlos de una enfermedad que

padeció, habiendole el Rey reprehendido, segun el juzgaba, sin razon, fue de tal manera impresionado que le volvió al punto la calentura. La educacion áspera y poco conforme con la indole de D. Carlos, habia hecho que el Rey mirase al príncipe como en todo opuesto á su caracter y empeñado en obrar contra sus miras y deseos. Esto habia obligado á Rui Gomez á que repetidas veces suplicase al Rey con instancias, le removiese del empleo de Ayo, temiendo no le acusase al fin como suelen los padres, de lo poco satisfactoria que le era la conducta de su hijo; no haciendose cargo de que los personajes tenaces é inflexibles como su amo condenan antes mil veces á sus propios

hijos, que censuren á un hombre de su eleccion; queriendo mas bien parecer desgraciados con su familia que imprudentes ó desacertados en sus juicios. Viendo Ruí Gomez la obstinacion del Rey en conservarle en tal encargo, habia tratado á D. Carlos con todo rigor, para que solo se imputase al natural del príncipe la causa de sus malos procedimientos, por lo que temia con razon el resentimiento de este; y asi á sollicitacion de su muger dió los primeros pasos para que se le uniese el duque de Alba en contra D. Carlos, á cuyo fin le hizo sabedor de las amenazas que este habia proferido.

Aunque la princesa de Eboli nada habia indicado á su marido de lá

intimidad que entre D. Carlos y la Reyna sospechaba, con todo Rui Gomez que era hombre de penetracion, reflexionando consigo mismo sobre este punto llego á adivinar lo que su muger le habia callado; y no pudiendo coucebir la correspondencia del principe con la Reyna sin que en ello tuviese parte el amor, principio á repasar muchas cosas que no habia reflexionado cuando sucedieron y entonces le vinieron á la memoria. Recordó, pues, que cuando la Reyna se hallaba en presencia de D. Carlos, el principe atendia á todos los que hablaban como temiendo ser observado, y como sospechando que cuanto decian era con el fin de explorarle. En otras ocasiones en que todos se es-

meraban en tributar elogios á la Reyna, D. Carlos se abstenia de alabarla, y cuando le era forzoso hablar de ella procuraba siempre hablar poco por no serle facil enmascarar los sentimientos de su corazon y manifestar cosas que no sentia. Rui Gomez consideró ademas de esto que no habiendosele conocido al príncipe inclinacion particular al bello sexo, se le echaba de ver delante la Reyna cierta especial dulzura en el trato y deseo de complacer, que se hacia notable á todos los que conocian su jenio.

Rui Gomez habiendose confirmado en esta opinion la comunicó al duque de Alba á quien juzgó que no debia ocultarla. Desde entonces dudaron

si la Reyna correspondia á la pasion de D. Carlos. Lisongeadá con esto la animosidad de ambos, se alegraron de tener á las manos un medio infalible de vengarse del príncipe descubriendo su amor al padre; pero considerando los extremos á que podian conducir al Rey la violencia de sus zelos y su caracter naturalmente severo é irascible, no se resolvieron desde luego à poner su pensamiento en execucion. Tan cierto es que nadie se hace vicioso y delinquente en un momento, y que no siendo todos los animos capaces de poner por obra un crimen la primera vez que se viene al pensamiento solo se llega á cometer delitos por los mismos grados que à la practica de la virtud.

Temian estos dos ministros sobre todo que la Reyna previniese el juicio de su marido sobre el negocio de Bearne de tal modo, que despues no pudiese creer la verdad, y juzgaban que con la impaciencia en que estaba el Rey de saber como se habia descubrierto no perderia la ocasion que de descubrirlo se le ofreciese. Este principe irritado por aquel infausto suceso, no miraba con buenos ojos al duque de Alba, y meditaba tal vez como desaprobar públicamente aquel proyecto, á fin de librarse de la nota que le adquiriria, haber fraguado la conjuracion. Para declinar este golpe el duque necesitaba descubrir la verdad; pero siendo el fin de esta manifestacion

hacer ver al Rey que no habia sido culpa del duque el que se frustrase el efecto, no le parecio acertado informarle por sí mismo. Rui Gomez no era menós sospechoso en este negocio, porque habia tenido en él tanta parte como el duque; y asi creyeron indispensable buscar otra persona que practicase por ellos esta diligencia, y no hallando otra mas á proposito que el Secretario de Estado Antonio Perez determinaron empeñarlo en su negociacion. Este hombre que no tenia interés alguno en dañar, ni al príncipe ni á la Reyna, les pareció difícil que se allanase á entrar en su designio; pero Rui Gomez persuadido de la destreza del Secretario insistió en conseguir su

fin, que ciertamente le era mas facil que lo que pensaba.

Es de advertir que estando Antonio Perez sumamente enamorado de la princesa de Eboli, hasta entonces no habia podido obtener nada de ella, y que para encargarse de la comision le preguntó á Rui Gomez si su muger estaba en el secreto, y habiendole contestado negativamente, despues de varios rodeos y dificultades se ofreció á hacer cuanto se le pedia. Conociendo este amante la curiosidad de la princesa no dudò de manera alguna que ella llevaria á mal, que se le hubiese ocultado un negocio de tal consecuencia, estando persuadida de que era acreedora à que se le hubiese dado

cuenta, y se creyó desde luego dueño de la voluntad de la princesa à trueque de descubrirle el secreto.

Rui Gomez fue al pronto á dar noticia al duque del feliz resultado de su comision muy gustoso de haberlo conseguido, y satisfecho de haber dado, sin saberlo, un medio de corromper á su muger, que Perez supo hacer valer, vendiendo á la dama el secreto tan caro como le vino à cuento.

La Reyna entretanto habiendose hecho embarazada, luego que volvió de Bayona pario á la infanta Catalina Miacaela su hija segunda, que despues fue Duquesa de Saboya. Los ministros que no ignoraban el ascendiente de la Reyna en el ánimo de su marido juzga-

yon á propósito aprovechar el tiempo del parto para justificar al duque de Alba, á fin de que el Rey tuviese espacio de formar resolucion sobre quanto le descubriesen antes de volverse á ver á solas con la Reyna.

El cargo que tenía Antonio Perez de los negocios estrangeros, le daba oportunidad de hablar al Rey continuamente en secreto y al dia siguiente procuró que viniese á propósito tratar de la conjuracion de Bearne con motivo de haber entendido que la Reyna de Francia mostraba un gran sentimiento de esto, y procuraria vengarse favoreciendo á los sediciosos de Flandes que entonces movian los primeros alborotos; á lo que añadió Perez

que habia dudado por mucho tiempo descubrirle al Rey lo que el sabia del infausto suceso de aquella empresa, no obstante la obligacion en que estaba de hacerlo; pero que despues de haberlo meditado bien, habia juzgado que no podia sin tacha perseverar en su silencio. Refirió exactamente quanto el duque de Alba habia descubierto y finalmente le manifesto la conversacion que sobre estas cosas tuvo D. Carlos con D. Juan en presencia del duque y de la princesa de Eboli contra los que habian tenido parte en la conjuracion, y concluyó suplicando al Rey le perdonase que hasta entonces hubiese llamado tales cosas, que dificilmente se podian referir sin ofender en algun modo

á las dos personas que despues de S. M. debian ser para sus vasallos, mas sagradas y respetables.

Este discurso sumergio al Rey en extraordinarios disgustos; pues aunque no tenia motivo para sospechar nada de la Reyna, su amor hizo que le pareciese estraña la uniformidad de sentimientos que se echaba de ver entre ella y D. Carlos. Pervertido el animo con este primer movimiento de zelos, no pudo menos de ver con los ojos de esta pasion quanto ella habia hecho contra su autoridad; y las consideraciones á su grandeza que le eran tan naturales en toda otra ocasion, cediéron esta vez á un sentimiento mas vivo y delicado. Notó primeramente la

frecuencia de trato de su hijo con su muger, y se acordó entonces de que largo tiempo habian estado prometidos uno para otro; pero reportando el vuelo de su imaginacion y considerando la virtud de la Reyna condenò totalmente tan débiles y ruines sospechas.

Antes de esto la Reyna habia dado algunas señales del amor que tenia á su patria las cuales no habian sido muy bien recibidas; porque habiendose suscitado la cuestion de precedencia de la corona de España y Francia ella habia manifestado estar por esta ultima apesar de haberle representado su camarera que ella debia tomar parte por los intereses de su marido. Haciendo reflexion el Rey sobre este suceso, acabó

de persuadirse que cuanto ella había hecho contra la empresa del Bearne venia del mismo principio de su afecto á sus parientes y graduó aquel horror que manifesto D. Carlos á esta empresa en obsequio de la Reyna, como efecto de la generosidad de un joven. No obstante por mas que procurase tranquilizarse en este punto, resolvió hacer observar en lo sucesivo el comercio de ambos.

Hizo grandes mudanzas en los cargos mas elevados á fin de que cayesen en manos de la princesa de Eboli los principales de la casa de la Reyna, sin que en la eleccion se dejase ver empeño ni aficion alguna. La familiaridad que aquella señora habia conserva-

do con D. Carlos desde que su marido habia sido ayo de este principe, la hacian mas á propósito que otra persona alguna para penetrar sus secretos. Esta consideracion y la circunstancia de haber sido ella la que refirió las amenazas que profirió D. Carlos en su presencia contribuyó tanto á que el Rey la eligiese para tal empleo quanto á la privanza de Rui Gomez con el monarca. D. Carlos persuadido de que ella le amaba despues de las cosas que habian ocurrido entre los dos, no tomó pesadumbre alguna por esta novedad; empero la Reyna que sabia las relaciones que tenia su marido en Francia por las cuales podia saber quanto ella habia hecho, no se alucinó con esta

mudanza y desde luego creyó haber adivinado la causa. D. Carlos creyó poder inspirar á la Reyna confianza en la princesa de Eboli; pero pronto conoció que se habia engañado viendo la asiduidad con que la princesa los observaba. Aunque á D. Carlos era molesta su presencia, no se atrevia á manifestar la incomodidad que le causaba, de lo que resultaba sumo placer á la princesa, bien que le mostraba mayor afecto que antes; pero por mas vigilancia que emplease esta muger la Reyna y D. Carlos hallaron en breve una feliz oportunidad de verse á solas. Estaba el Rey sumamente aficionado á su Escorial como se puede conocer por las inmensas riquezas que

prodigaba en la construcción de tan sobervio edificio, convidó el Rey á la Reyna para ir á ver los principios de su fábrica eterno monumento de la gloriosa victoria de San Quintín que renovando en el ánimo de D^a Isabel la memoria de aquella batalla que habia sido el origen de la desgracia de su vida, no podia menos de serle poco agradable. Sin embargo ella vió todos los preparativos que se hacian para inmortalizar la memoria de tan funesta jornada con toda la curiosidad y complacencia que el Rey podia exigir y de que el mismo estaba tan poseido. En este lugar fue donde la princesa de Eboli dejó á la Reyna y al príncipe solos con el Rey que habiendose tambien

apartado de ellos para dar algunas ordenes á los arquitectos. D. Carlos que ya no podia reprimirse, aprovecho aquella ocasion para instar á la Reyna que le manifestase algun medio seguro de verse con ella en secreto para tratar de sus intereses comunes, á cuya solicitud hecha por el príncipe del modo mas apasionado y persuasivo condecendió la Reyna; pero despues de haber conferenciado entre sí, parecieron á esta peligrosos todos los medios, por mas fáciles que D. Carlos se los procurase representar.

En tal estado estaban las cosas cuando el marqués de Bergen y el Barón de Montini diputados de Flandes llegaron á la corte. Como su comision

no dejaba de ser peligrosa, habian fundado sus principales esperanzas en la bondad de la Reyna y generosidad de D. Carlos, pues bastaba ser desgraciado para obtener su proteccion, y virtuoso para merecer el aprecio del principe; y asi los diputados le representaron el miserable estado de Flandes por los malos oficios que le hacian con el Rey el cardenal Granvela ministro principal de la gobernadora, y exageraron su fidelidad y su inocencia en las comisiones pasadas. Insinuaron sobre todo al principe que no abandonase tantos y tan grandes servidores del Emperador, y los objetos mas amados de su ternura á los consejos violentos y precipitados del duque de Al-

ba y finalmente le aseguraron que la fama del príncipe era el único consuelo que tenían en sus desastres. D. Carlos, cuya inclinación á la guerra que habían tenido hasta entonces adormecida sus amorosos pensamientos, oyendo tal discurso, concibió extraordinaria vergüenza de no haber hecho nada por conseguir la gloria militar á que le animó también sobremanera una carta del conde de Egmond que le entregaron los diputados, en que se le recordaba al príncipe que tenía su palabra de ir á Flandes al punto que allí se encendiese la guerra. El conde le pintaba las cosas de aquellas provincias en una disposición tan favorable para D. Carlos, que el príncipe resolvió hacer que

le diesen su gobierno, descando em-
prender al momento cuanto le aconse-
jase su valor y ambicion de gloria, des-
pues que su presencia hubiese sosega-
do los tumultos. Apenas habia forma-
do esta resolucion, cuando presentán-
dose á su imaginacion la idea de abando-
nar á la Reyna, dudo si tendria valor
suficiente para dejarla; pero reflexio-
nando el estado de sus negocios cono-
ció que todo debia confirmarle en su
primera intencion.

En el principio de su trato con
la Reyna la sinceridad de esta no ha-
bia podido ocultar al principe la es-
timacion que le tenia y compasion con
que lo miraba; pero despues habiendola
hecho el tiempo mas advertida ha-

bia comprendido que las muestras de afecto que le daba, aunque inocentes, no dejaban de alimentar su pasión: por lo que le representó las consecuencias y desastres que podria acarrear tan funesta inclinacion. El príncipe conocia que tenia razon por más apasionado que estuviese, y determinó hacer el mas costoso esfuerzo para librar à la Reyna de una pasión que le causaba justas inquietudes, y que no se podia vencer sino con una prolongada ausencia y ocupaciones espinosas. Él por entonces lo creyó así; pero mudo bien presto de parecer en la presencia de la Reyna, pues cifrando toda su complacencia en mirarla, se conocio con poco animo para resolverse

á no verla. En esta ansiedad se encontraba, cuando le diò cuenta de cuanto habia pasado entre él y los diputados y del proyecto que habia concebido, pidiendole mil veces perdon de haber creido por algunos momentos que podria abandonarla; pero ella le obligò aun contra su voluntad, á executar el designio de la expedicion á Flandes. Persuadido D. Carlos por las razones de la Reyna y deseoso de complacerla aun contra su propio gusto se declaró abiertamente á favor de la nobleza de los Países-bajos con escándalo de los inquisidores que la tenian por herética, y se acordaban del negocio del testamento de Carlos V.

En este estado hizo el principe

decir al Rey que le dejase el gobierno de las Provincias. Quando Rui Gomez y el duque de Alba supieron la determinacion del príncipe, quedaron sobre manera sorprendidos, considerando la preponderancia y autoridad que tal empleo daria al heredero de la corona. y temiendo que al volver airoso de tal expedicion, ocupase el lugar de primer ministro, con evidente ruina de sus personas y necesidad de depender de el. Entonces el duque de Alba que tenia la misma pretencion de D. Carlos, obligo á Rui Gomez, que tenia mas familiaridad con el Rey á representarle el perjuicio que resultaria de una empresa como esta, ensalzando al hijo sobre su mismo padre en el con-

cepto de los Flamencos. Por otra parte Antonio Perez, que sin que se echase de ver obraba de concierto con los dos le hizo aprender la liga que infaliblemente hacia D. Carlos con la Francia por medio de la Reyna, si se hacia dueño de los paises bajos. Estas sujesiones hicieron en el principe naturalmente zeloso de su autoridad toda la impresion imaginable; y asi admirado de la ambicion de su hijo, el Rey solo trató de desechar mañosamente la demanda de D. Carlos de modo que no pudiese tomar la negativa por afrenta, y para esto hizo que se le dijese que el Rey consentia en su solicitud y se alegraba de que ambos estuviesen en el mismo pensamiento; que el mismo que-

ria ir á Flandes y que en breve partirian juntos; que no le era honroso quedarse quieto en España mientras exponia á su hijo único á los accidentes de tan furiosa rebelion, siendo mas conforme partir con él el peligro, para dejarle despues toda la gloria.

Esparciose al punto la fama de este viaje mayormente por los preparativos que el Rey mandó hacer para alucinar á D. Carlos; pero nadie podia persuadirse de esto. Entretanto la noticia de tales aprestos puso gran temor en los ánimos vacilantes de aquellas provincias rebeldes. El Rey para confirmarlo mas hizo un gasto tan excesivo en los equipages que los mismos diputados Bergen y Montini que hasta

entonces habian hecho burla de esto no se atrevieron despues á dudarlo. La Reyna y D. Carlos estuvieron por algun tiempo engañados como los otros; pero fueron mas pronto desengañados asi que se concluyeron las prevenciones. El Rey que vió que si no partia se descubria su engaño, no hallando otro medio para escusarse se fingió malo. Esta ficcion hizo en parte el efecto que deseaba en los paises distantes; pero por mas cuidado que pusiese en persuadir y en confirmar la creencia de su mal no pudo suplantar á su muger y á su hijo.

En tal ocasion sucedió un dia que muchos personajes que estaban en el cuarto de la Reyna y que habian ha-

blado mucho del viaje del Rey á Flandes se salieron, quedando solos D. Juan, y D. Carlos y la princesa de Ebo-
 lí, los cuales mencionaron cuanto se atormentaban los cortesanos por adivi-
 nar las causas y los resultados de lo que jamas habia de llegar. Despues de ha-
 berse burlado de los que tanto habla-
 ban del viaje, vino poco à poco el mis-
 mo D. Carlos á mofarse del viaje y del
 empeño que tenia el Rey en pasar por
 enfermo, diciendo que el Emperador
 habia viajado bastante por si y por el
 Rey su hijo, y que el Rey descansaba
 por si y por su padre. No oyó la Reyna
 estas palabras por estar hablando con
 otros que entraron, y trataban de cosas
 particulares; mientras se entretenian

entre sí D. Juan y la princesa de Ebo-
 lí. D. Carlos como distraído se puso á
 ver un librillo ó cüaderno de papel en
 blanco que casualmente halló en una
 escribania, en el que con letras grandes
 escribió estas palabras en la primera
 hoja. *Los grandes y admirables viajes*
del Rey D. Felipe: y en cada una de
 las ojas del cüaderno uno de los títu-
 los siguientes: *El viaje de Madrid al*
Escorial: *el viaje del Escorial á Tole-*
do: *el viaje de Toledo á Madrid:* *el*
viaje de Madrid á Aranjuez: *el viaje*
de Aranjuez á el Pardo; y de este mo-
 do llenó todo el libro de viajes del Rey
 á los sitios de recreacion. No pudo la
 Reyna dejar de reirse de esta ocurrencia
 del príncipe, por mas espuesta y

peligrosa que le pareciese; pero mientras ella leia este quaderno, le avisaron que al Rey le habia dado una congoja y que estaba muy malo; á cuya noticia no pudiendo detenerse, solo tuvo lugar para entregar el libro á D. Carlos. El príncipe que queria inmediatamente seguirla se contento con meter el cuaderno en un retrete, y llevarse la puerta cerrandola de golpe. No sabia él que la princesa de Eboli tuviese llave maestra de todas las puertas del cuarto de la Reyna, y apenas salió cuando ella buscó y halló el cuaderno. Quando vió lo que contenia se alegró infinito de tener en sus manos un medio tan proporcionado para indisponerlo con su padre. Lo primero que dis-

currió fue, como podría reservar este escrito sin que se supiese que ella lo tenía; dado que sin falta alguna, conociendo la Reyna su importancia, lo buscaría luego que volviese. Entonces le ocurrió la idea de hacer otro cuaderno semejante al de D. Carlos, que contuviese las mismas palabras, haciendo imitar exactamente la letra del príncipe, y ponerlo en lugar del verdadero que ella entregó á su marido. Hizolo así; y habiendo vuelto la Reyna y hallado el escrito falsificado en el mismo lugar que habia dicho D. Carlos, se dió tanta prisa á quemarle, que le arrojó al fuego sin leer cosa alguna y sin sospechar la maldad del trueque. Entretanto la enfermedad simulada de

Rey se habia convertido en realidad; porque habiendo vuelto de la congoja fue acometido de una gran calentura que tomó el caracter de terciana; pero á pesar de esto, se dió entonces menos credito á lo enfermedad verdadera que antes á la fingida. Viendo los rebeldes de Flandes que el rumor duraba demasiado, no les quedó duda de que esto fuese efecto de la politica del Rey, y en esta creencia continuaron sus empresas con mayor empeño que antes. Esta noticia redobló la pesadumbre del Rey y al mismo tiempo la calentura.

Conociendo D. Carlos que las instancias que hiciese para que su padre lo enviase á Flandes le habian de in-

quietar mucho, no quiso renovarlas pero este, que no le tenia por tan discreto y le veia constantemente cercano á su cama, tomaba su asistencia por una tacita solicitud. Mas otra era la causa de esta continua asistencia; porque no apartandose la Reyna del enfermo, D. Carlos ya no podia verla en otra parte, ni menos hablarle, en razon, á que obligados á observár delante del Rey la mayor circunspeccion, casi no se atrevian á dirijirse la palabra: con cuya violenta mesura era mucho lo que padecia el animo de D. Carlos y los intereses de ambos, á quienes por tanto, era imposible darse avisos, y tomar las medidas que exigia la delicada situacion en que se hallaban.

Reflexionando la mucha duracion que los médicos pronosticaban á la enfermedad del Rey y el peligro que habia en escribirse, la Reyna y el príncipe resolvieron escoger una persona fiel, á quien pudiesen descubrir quanto tuviesen que comunicarse. D. Carlos juzgaba que su tío D. Juan, por estarle en un todo sometido era propósito para honrarle con esta confianza; pero la Reyna no se fiaba de D. Juan por haber advertido alguna inteligencia entre este y la princesa de Eboli, por lo que hizo que D. Carlos mudase de parecer. El príncipe en consideracion á que la Reyna no conocia tan intimamente á su privado D. Juan de Rojas marqués de Poza, no se habia

atrevido à proponerle. Era este caballero uno de los juvenes mas hábiles y sobresalientes de la corte, se habia criado entre los meninos de honor al rededor del príncipe, y aunque dotado de suma vivacidad, era uno de aquellos espíritus bien dirigidos y habituados que son igualmente capaces de la mas cuerda moderacion, que de la mas resuelta osadia. D. Carlos, habia conocido el carácter del marqués y lo apreciaba; y el marqués prendado de sus elevadas cualidades no apreciaba menos al príncipe; de suerte que se habian coligado los dos con la mas estrecha correspondencia que puede haberse visto entre un príncipe y un cortesano particular. Con todo como siem-

pre es peligroso en una corte pasar por privado del príncipe heredero, habia rogado á D. Carlos, el marqués que disimulase cuanto fuese posible la confianza con que le honraba; por lo cual aunque viviesen en una grande union, el público y los cortesanos solo juzgaban que al príncipe le era mas grata su conversacion que la de otros. Por este misterio que habian hecho de su amistad era este privado muy apto para servir á la Reyna y al príncipe en esta ocasion, y poco ó nada sospechoso por las conversaciones que habia de tener con la Reyna; pero ésta, para evitar todo engaño quiso por sí misma explorar al marqués antes de descubrirse con él y bajo el pretesto de una

orden que le dió la primera vez que le halló en el cüarto del Rey, encontró modo de empeñarle en una conversacion particular. Parecióle tan diestro que le admiró, no quedándolo el menos de la afabilidad agrado, y discrecion de la Reyna. Esta que, procuraba con todo cuidado ocultar la inclinacion que D. Carlos le profesaba, no se aplicó tanto á disimular el aprecio que hacia del marqués de Poza, que por corresponder como debia á la bondad de la Reyna se empeñó siempre en mostrar mayor zelo por su servicio que el que convenia manifestar. Como ambos tenian enemigos, este procedimiento ocasionò pronto alguna murmuracion; pero como ellos estaban persuadidos de

que no la habian motivado casi no la observaron. En el interin el Rey recobró su salud, y la Reyna se hizo embarazada, lo que causó al Rey sumo gozo por la esperanza de tener otro hijo que sucediese à D. Carlos si este príncipe faltaba.

Los ministros, que temian la secreta privanza del marqués de Poza lo hicieron de modo, que el trato del marqués con la Reyna vino luego á noticia del Rey. Con esta nueva se turbó grandemente el ánimo de este Monarca tan suspicaz y creyendo que los dotes de alma y de cuerpo con que tan liberalmente habia dotado la naturaleza al marqués habian sido bastantes á conquistar el corazon de su mu-

ger los aborreció mortalmente. No obstante, por peligrosa que fuese ésta disposición del ánimo del Rey, pudo haberla corregido su entendimiento si un accidente que ocurrió al mismo tiempo no le hubiese hecho creer aquello que sospechaba. Entre las fiestas que se hicieron por la restauracion de su salud, se celebró un magnífico torneo, en que cada uno de los caballeros se obligó á declararse por alguna dama de la corte y á sacar sus colores. Sucedió pues que la vispera de la fiesta, hallandose el marqués en el cüarto de la Reyna, donde estaban otros muchos personajes, hizo esta que se le nombrasen todas las damas que tenian ya caballeros determinados. Dijeronle cuáles

eran, y resultó que todas tenían menos ella y que de los caballeros solos D. Carlos y D. Juan eran los que no se habían declarado por ninguna dama, temiendo acaso descubrir lo cuanto tenían oculto en sus animos. Viendo la Reyna que no había quien justara por ella, se quejó en chanza al marqués que estando en posesion de decirle mil galanterias, le contestó con su acostumbrado buen humor; señora, si V. M. no ha hallado caballero, debe quejarse de la naturaleza que no ha favorecido tanto à V. M. como à las demas que lo han encontrado. Todos los presentes aplaudieron la agudeza ironica del marqués á que la Reyna contestò en el mismo tono: pues bien para cas-

tigar vuestro atrevimiento yo os mando que seais mi caballero, con eso tendreis la vergüenza de servir á la menos hermosa. Esta galanteria se publicó en breve por las personas del primer rango que lá presenciaron.

Entretanto el Rey no desechara el pensamiento de que allí hubiese algun misterio escondido no pudiendo dejar de creer que esta conversacion de la Reyna fuese un artificio para proporcionar á su amante que se declarase por ella disimuladamente. Entre estos pensamientos sin decidirse fluctuaba; mas cuando al dia siguiente vio entrar en la plaza al marqués trayendo por empresa en su escudo un sol con este mote: *Todo arde á mi vis-*

ya, acabó de confirmarse en la funesta
idéa de que estaba preocupado.

Llevóse el marqués el premio de
la primera carrera, y aunque esto en
el era ordinario, el Rey tomó esta vez
su destreza por un efecto de su amor,
y esta imaginacion le hirió de tal ma-
nera que no pudo aguardar que se
acabase la fiesta, y así fingió hallarse
malo, con el objeto de interrumpirla y
de impedir que se le conociese el fu-
ror de que estaba poseido. Al punto
resolvió en su animo hacer morir al
marqués de Poza, de tal manera que
ni él ni la Reyna pudiesen ignorar el
motivo; pero Ruí Gomez à quien se
declaró, le hizo conocer la importancia
de que no se supiese tal cosa, tanto

mas, quanto á causa de le estrecha union de D. Carlos con el marqués, era de temer el mayor resentimiento del príncipe por la pérdida de una persona tan querida, si alguna vez supiese los autores de su muerte. Estas reflexiones hicieron mudar al Rey de intento, y se contentó con que se hiciese dar de puñaladas al marqués poco despues de salir á la calle cuando se retirase del Palacio. Para quitar ademas toda sospecha, cuando los homicidas acabaron de asesinarle dieron señales en presencia de los criados del marqués de que le habian tenido por otro.

La Reyna sintió como debia la desgraciada muerte de un amigo tan

cabal y desde luego previó sus consecuencias. D. Carlos no conoció por el pronto la verdadera causa; pero considerando despues la poca apariencia que habia de que hubiese sido tenuta por otra la persona del marqués, entró en sospecha de la cometida maldad. Por otra parte dudaba que alguién, á no ser su padre, se hubiese atrevido á cometer tal atentado. Finalmente, convencido uno y otro de quien habia sido el autor del homicidio, no creyeron que el Rey hubiese concebido zelos del marqués, y sí que le habia mandado dar muerte creyendolo confidente y no amante de la Reyna, y que por lo tanto estaban descubiertos. En vista de esto, y considerando la gran pasion del

Rey por su muger, sus disgustos con el príncipe y su natural propension á derramar sangre, se creyeron perdidos. Juzgaron, que bien seguro el Rey de que no podian escapar de su enganza, habia querido empezarla con aquel asesinato infame y cruel á fin de que los dos la sintiesen con mas anticipacion.

Como en los palacios no hay cosa por secreta que sea que no venga al cabo á ser sabida por alguno de aquellos de que menos se recela, sentandose un dia por aquel tiempo Don Carlos en la mesa, halló una carta bajo su cubierto que contenia estas palabras: «No se sale de los negocios desesperados sino con extraordinarias re-

soluciones. Aquellos en quienes há puesto el cielo las calidades con que deben hacer felices à los demas, tienen obligacion de satisfacer su destino, pues que prevalece sobre cualquier otro deber. La paciencia que abandon los días de un hombre de bien al encono de sus enemigos, es flaqueza y vileza, defecto y no virtud. La humanidad con quien carece de ésta es la mas peligrosa especie de clemencia."

Apesar de estos consejos el príncipe resolvió tentar un medio suave antes de resolverse al último extremo. Este fué renovar la instancia de que se le enviase à Flándes á donde el estado de los negocios pedia mas que nunca un remedio executivo, manifes-

tando su deseo de un modo tan terminante que no dejó duda de su resolución y de lo persuadido que estaba de que no habia razon ni motivo alguno fundado para negarselo. Pareciole necesario esplicarse de una manera tan explicita porque juzgó, que si sus intentos eran descubiertos, no debia de modo alguno andar con rodeos; y si no lo eran acaso el Rey, obligado de un proceder tan imperioso, vendria por fin á elegirle. Este Monarca infeliz, cuyo entendimiento estaba mas desembarazado para ver las consecuencias de su crueldad, asi que supo la determinacion del principe, se sobrecogio de temor señaladamente el dia que con precision le fue necesario

embiar un ejército à Flándes. Por otro lado temia irritar el resentimiento de D. Carlos todavia resiente por la muerte de su amigo, si le negaba el mando del ejército que pedia con sumo empeño. Rui Gomez, que habia hablado al Rey con tanta firmeza en el negocio del marqués se pasmó de ver al Rey tan perplexo é irresoluto en esta ocasion mucho mas importante, y trató de impedir que pusiese las armas en manos de su hijo; y como no hay razon mas poderosa que el temor para obligar á los animos dudosos à determinarse, estando el Rey á punto de resolver á favor de D. Carlos, Rui Gomez adoptó este medio, y acordándose del *libro de los viajes del*

Rey, hallado por su muger en el cuarto de la Reyna, escrito por el principe, que el habia conservado como un arma, que aunque pequeña podia hacer grande efecto usada con oportunidad, pareciendo que habia llegado esta, dijo al Rey: que creia estar obligado á hacerle saber una friolera que hasta entonces no habia juzgado digna de su noticia, y le contó el suceso. Mas el Rey, á quien tal cosa pareció de mas importancia que lo que habia mostrado Rui Gomez quiso el mismo examinar el libro y conocida la mano de su hijo, quedó profundamente suspenso y pensativo, en cuyo estado le pareció al ministro dejarle. Despues que se recobró de la

primera turbacion del animo que de repente le habia causado una burla tan amarga, hecha por persona tan propia, las negras sospechas del amor de D. Carlos á la Reyna renacieron en su pensamiento con mayor violencia. No podia comprender ni acababa de admirarse, de que un hijo y una muger de un Rey se entretuviesen de tal manera entre sí, acosta de un padre y de un marido, sin que al mismo tiempo viviesen con la familiaridad mas ilícita y escandalosa; pero viniendole á la memoria el marqués de Poza, no podia creer que la Reyna estuviese enamorada de ambos, y mas median-do la amistad que D. Carlos y el marqués se profesaban, por lo que vino

á sacar por consecuencia que uno debia ser el amante y otro el confidente.

Mas cualquiera de los dos que fuese lo uno ù lo otro no podia menos de reprobar la burla que su hijo hacia de su modo de vivir, ni le parecia prudente, enviandole á Flándes darle ocasion de portarse con mas libertad y de obrar siempre contra sus miras y proyectos. „Si tiene la audacia este príncipe que aun no ha hecho cosa alguna gloriosa, (discurria el padre consigo mismo) de tratar à su padre con tal desprecio, ¿que no se atreverá á hacer si la fortuna le ayuda y facilita su ambicion? Movido de estas reflexiones mandó el Rey que se le dijese que en vista del espantoso de-

sorden que reinaba en Flándes no le parecia conveniente embiarle allà exponiendo su vida á riesgos inevitables; que el duque de Alba partiria luego con un poderoso exercito, y así que estubiese corroborado su partido le seria concedido lo que pedia. Esta negativa acabó de confirmar al príncipe en la opinion, de que ya se le miraba con desconfianza. Con esto no tuvo efecto la iustancia que ya antes le habian hecho los flamencos por medio del conde de Egmond y sus diputados para que se pusiese á su frente, prometiendole aun mayor fidelidad que los católicos, con tal de que accediese á algunas pocas cosas razonables.

No dudaba D. Carlos que si se

Hacia dueño de los rebeldes, conseguiría de grado ó por fuerza la pácificación del resto de Flándes. El marqués de Bérgen y Montini tuvieron á cerca de esto muchas conferencias con el príncipe, y tomaron de comun acüerdo medidas sólidas que no podían dejar de surtir efecto, si el príncipe se mantenía en libertad de poder obrar que fue lo que principalmente le recomendaron. Si D. Carlos hubiera condescendido debía haberse partido al instante; pero juzgó que sería una temeridad declararse tan abiertamente antes de haber adoptado las medidas necesarias, y áseguróles que entretanto tomaria sus precauciones de manera que tuviese su persona en seguridad. Para esto procuró hacerse

de algunas armas que colocó al lado de su cama y mandó hacer unas pistolas pequeñas de nueva invencion para traerlas siempre consigo sin que lo advirtiesen; y para impedir que le cogiesen dormido mandó á un famoso artífice que trabajaba en el Escorial le hiciese una cerradura que no se pudiese abrir sino por dentro, y todas las noches ponía debajo de sus almohadas dos espadas y un par de pistolas.

Mientras este desgraciado príncipe apresuraba acaso su perdicion con los temores de estar perdido, sus enemigos no se descuidaban en poner todos los medios para que no se reconciliase con su padre. El Rey aun no habia visto á solas á la Reyna despues de la muer-

te del marqués de Poza y ellos temian que fuese inutil quanto habian hecho si la volvía à ver, y como era probable, borrarla facilmente de su corazon quanto le habian sugerido; por lo que juzgando que no debian aventurar este negocio à la casualidad, determinaron quitar la ocasion, adoptando un medio, que pareceria ridiculo á no haber surtido el efecto que deseaban.

Fué el caso, que quando la corte de Francia hizo el viaje por las márgenes del Loira en tiempo de Francisco II. corrió la voz de que buscaban niños para bañar en su sangre al Rey joven, que se decia estar enfermo de mal que no se cura con otro remedio; y hubo personas incognitas que prece-

dian la corte una jornada y examinaban los niños que encontraban en los lugares para, designar los que eran adecuados á el uso que habian de hacer los médicos. Las referidas personas esparcieron un asombro y espanto tan general por el camino, que por todas partes no se pensaba en otra cosa que en ocultar las desgraciadas criaturas que buscaban. Habiendo la Reyna madre descubierto el origen de tan horrenda voz, hizo prender á algunos que declararon antes de su muerte á los que los habian embiado con tal comision; mas los que recibieron esta confesion, juzgaron no estar seguros si la publicaban. Si este tan extraño cuento calumnioso rumor de la enferme-

Mad del Rey corrió tan fácilmente en Francia, se puede juzgar cual sería su efecto en los países extranjeros y lejanos, donde de ordinario cunden estas nuevas mas rápidamente que en aquellos en que nacen. El Rey con este motivo, acordándose de que el sarampion que habia padecido la Reyna habia presentado algunos síntomas dudosos, y análogos á semejante enfermedad, á que se agregaba que le habian hecho creer los habia tenido mucho menos dudosos en el ultimo embarazo, llegó á manifestar algun cuidado, y á temer que su muger tuviese alguna predisposicion para tal mal que suele ser hereditario en las familias. Como el Rey era excesivamente escru-

puloso en las cosas tocantes á su salud, se persuadieron que estas sospechas serian suficientes para impedirle que volviese á ver privadamente á la Reyna. La princesa de Eboli debia darle el primer aviso al Rey segun estaba obligada por la fidelidad que habia prometido como camarera de la Reyna, el cual habia de ser confirmado por aquella francesa antes amada de D. Juan. Esta dama que era de un carácter travieso y á propósito para enredar y promover chismes, no sosegaba al ver que no lograba ningun valimiento de su ama, ni le era deudora de la menor confianza. La princesa encargó á D. Juan que hiciese otra vez con ella los oficios de ename-

rado para ganar su persona, á lo que se prestò sin dificultad; pero escarmen-
tada lo dama de que antes se le hubie-
se entiviado, no queria creerlo si antes
no le daba prendas de mayor seguri-
dad; por lo que se dijo que D. Juan le
habia prometido su mano si cumplia
la comision que se le encargaba.

El negocio surtió mejor efecto
que se pretendia; porque el Rey, cuyo
amor se habia mudado en indignacion
por las cosas pasadas cayó facilmente
en la red. El duque de Alba, que ha-
bia diferido su viaje por esperar el
suceso de este artificio, partió al dia
siguiente para Flándes. Despidiose de
D. Carlos en términos consiguientes á
las respuestas que el Rey habia dado.

à las últimas instancias del príncipe, el cual no manifestó mucha serenidad en un lance que tan vivamente le tocaba.

Entretanto el príncipe recibía las mejores noticias que podía darle el príncipe de Orange y el marqués de Chatillon, con quienes debía consultar cuando se había de hacer, y le animaban con sus cartas. Los rebeldes de los Países-bajos, confiados en su generosidad, no le ponían condiciones algunas mas lo que ultimamente acabó de decidirle fue la seguridad de una armada que el gran Turco había de enviar sobre las costas de Flándes para favorecer todos sus designios. Para la inteligencia de estos sucesos es necesari-

rio tomar de mas atras la narracion de este negocio.

En el tiempo que la Reyna D^a Maria era gobernadora de los Países-bajos por el Emperador su hermano, un judio portugués llamado Juan Wikes, de quien ella hacia particular estimacion, robó de su palacio una dama de la primera gerarquia y de estraordinaria hermosura. El Rey de España, que protegia à los parientes de esta dama, habiendo hecho que se le espeliese de todos los estados de la cristianidad, donde buscò asilo de su nacion, le obligó á retirarse á Constantinopla, y de alli pasó á Caramania cerca de Selim primogenito del gran sultan Soliman. Este príncipe joven que estaba

encargado por su padre en aquellos países segun su costumbre, no tenia otro cuidado que divertir entre los placeres, el tedio que le producía su expectativa al imperio. Wikes entre otras habilidades, tenia la gracia de variar y disponer los deleites de cien maneras diferentes cada cual con mas atractivo, en lo cual se habia exercitado largamente y adquirido una opinion nada comun. Con esta y otras cüalidades no dudò conseguir sin tardanza el primer lugar del príncipe Selim, que sabia muy bien apreciar el mérito. El suceso escedió la esperanza de Wikes: porque habiendo muerto en tal coyuntura Soliman se halló privado de uno de los mayores príncipes de la tierra,

cuyo elevado puesto le dió presto ocasion para satisfacer el deseo que tenia de vengarse del Rey de España, por la persecucion que habia sufrido de este monarca. Un día, que entregados á los placeres se divertia el judio con el Sultan, habiendo admirado este la excelencia del vino de Chipre, se puso Wikes á burlarse de aquella pasion diciendo, que ciertamente tenia razon en apreciar mucho aquel licor; pero que debia tenerlo aun en mas estima porque como nacia fuera de su Reyno, se veia en la necesidad de comprarlo. Herido el Sultan de semejante chanza, juró conquistar á Chipre él mismo, y añadió, poniendo la mano sobre la espada del judio, que pues Wikes no

apreciaba menos que él aquel vno maravilloso, lo declaraba desde aquel momento virrey de Chipre y que esto era parte de su reconocimiento. Mientras se disponia lo necesario para tal expedicion, los moros de Granada fragüaron aquel ruidoso alzamiento que estalló poco despues, y enviaron á la Puerta Otomana á pedir algun auxilio. Sabido esto por Wikes, y prefiriendo el deseo de vengarse al gusto de verse virrey de Chipre, se empeñó en este negocio con tanto ardor que hizo se resolviese Selim á embiar en socorro de los granadinos aquel formidable armamento que habia destinado para la conquista de Chipre. El tal Wikes que habia mantenido corres-

pondencia en Flándes; dió luego aviso al consistorio de Ambéres, que era el consejo principal de los rebeldes, y recibió al misma tiempo la noticia del empeño de D. Carlos en su favor. Además, para mostrar la confianza que había colocado en el príncipe, le dieron parte de la expedición que preparaba Wikes y le enviaron la cifra que usaba este, para que si el príncipe lo tenía á bien pudiese el mismo entenderse con la puerta por el interes de todos. D. Carlos deseaba por mayor seguridad que la armada que había de venir á las costas de Andalucía fuese á las de Flándes, y sobre esto escribió á la Puerta y á Wikes quien respondió que el Bajá de mar tenía orden

secreta de executar quanto le ordenase el príncipe. Pero no podemos asegurar si esta orden de estar al mandato del príncipe era verdadera, ó si solamente se la quiso hacer creer para que se empeñase sin reserva alguna de el asunto.

Por este tiempo estando D. Carlos jugando con D. Juan en presencia de la Reyna, tuvieron una contienda entre sí sobre un lance, en que D. Juan que sentia perder se irritó contra el príncipe aun mas alla de los límites que la libertad del juego le podia conceder contra el hijo de su Rey. D. Carlos que estaba sobre sí, le respondió en pocas palabras con mucha moderacion; pero en términos que al

paso que le desdoraban por el defecto de su nacimiento le recordaban el respeto que le debía. D. Juan herido en un punto tan sensible, no tuvo reparo en responder prontamente al principe que aunque era cierto que era bastardo pero que se consolaba con tener un padre mejor que el suyo. Apurada la paciencia de D. Carlos con esta contestacion, trató tan mal á su tio que corrió voz al dia siguiente que le habia dado una bofetada. La Reyna y la princesa de Eboli que estaban presentes trabajaron mucho para impedir que la contienda pasase adelante. La Reyna, á quien cualquiera cosa sobresaltaba en tal coyuntura, considerando las malas consecüencias que po-

drian resultar de tal desavenencia, interpuso su autoridad para obligarlos á que se ajustasen al momento; pero la conciliacion no fue igualmente sincera por ambas partes.

El Rey, para saber por menor todo cuanto pasaba en el cuarto de la Reyna, habia entablado un estrecho comercio con la princesa de Eboli. Esta señora habia obligado á D. Juan á que observase todas las acciones del principe, especialmente desde el asesinato del marqués de Poza. D. Juan, de quien el principe se fiaba mas que de ella, desempeñó muy bien esta comision, á que no contribuyó poco el deseo de tomar venganza del referido desabrimiento; y asi, por mucho sigilo

que tuviese D. Carlos en prevenirse de armas, D. Juan lo descubrió con maña y con dineros. El Rey en vista de esto juzgó que no tomaba estas precauciones sino para contrariarle bien fuese juzgandose, ó bien haciendole alguna fuerza. Entre estas dudas, vacilaba cuando llegó D. Ramon de Tarsis, correo mayor, á avisarle que un francés criado de la Reyna, habia pedido muy secretamente tres caballos, encargando que estuviesen prontos para partir al anochecer. Este aviso, sacando al Rey de la duda en que estaba le puso en otra mayor; no sabiendo si seria mas acertado observar al príncipe de manera que no pudiese huir, ó asegurarle de una vez; pero trayendole Antonio Perez al

mismo tiempo la nueva de la sublevación de los moriscos de Granada, que acababa de recibir, espantado el Rey con tan infaustas ocurrencias, resolvió asegurar á su hijo. Ciertamente la partida del príncipe estaba resuelta para aquella noche; porque habiendo recibido el día antes cartas de Flándes no le era posible dilatar el viaje. Confiados los condes de Egmond y de Horn en la inocencia de sus intentos, en sus anteriores procedimientos y en el mérito de sus servicios, se habían puesto ellos mismos en manos del duque de Alba que habiendolos hecho prender mandó despues cortarles la cabeza. Un tan riguroso procedimiento habia llevado al colmo la desesperacion; y vien-

do los corifeos de la sublevacion que su salud dependia de las armas, le hicieron saber prontamente á D. Carlos, participandole estos acontecimientos, que si no eran auxiliados sin perder instante despues ya no seria tiempo de socorrerlos. El príncipe escribió inmediatamente á D. Garcia Alvarez de Osorio, que debia acompañarle en la fuga, para que volviese al momento de Sevilla á donde habia marchado á fin de recibir una gran suma; pero no habiendo habido tiempo para hacer todas las diligencias precisas, solo pudo recoger unos quince mil escudos.

Al retirarse D. Carlos del cuarto de la Reyna le seguia Rui Gomez de Silva para darle cuenta de parte del

Rey del levantamiento de Granada. Este ministro le entretuvo tanto y hasta tan tarde, que viendo el príncipe que no le quedaba bastante noche para alejarse cuanto queria antes que se pudiese descubrir su fuga, determinó dilatarla hasta el dia siguiente. Ruí Gomez se retiró asi que vio al príncipe recogido; pero como él ignoraba tal mudanza de resolucion puso algunas guardias de hombres fieles á todas las entradas del cuarto del príncipe. Deseaba el Rey para su justificacion que D. Carlos fuese cogido al querer huir; pero habiendo esperado otros dos dias sin advertir en el trazas de salir, el Rey determino pasar adelante juzgando que no debia arriesgarlo todo por una

mera formalidad. Habia D. Juan observado como se cerraba la cámara del príncipe y mientras este se detuvo en el cuarto de la Reyna, el artífice que le habia hecho la ingeniosa cerradura de su aposento fue por mandado del Rey á hacer de modo que entorpecido el muelle no se cerrase la puerta tan bien, y pudiesen abrirla por fuerza; mas apesar de quanto el artífice supo hacer, el muelle hizo ruido al abrir la puerta. Entró el primero en el cuarto del príncipe por mandado del Rey el conde de Lerma y halló al desgraciado príncipe tan profundamente dormido, que pudo tomar sus espadas y aun las pistolas que tenia debajo de las almohadas sin que despertase. Despues

se sentó el conde sobre un arca que estaba al lado de la cama en la cual creyó D. Juan que estaban las bocas de fuego. Juzgando entonces el Rey por el silencio del conde que habia executado cüanto debia, entró en la cámara acompañado de Rui Gomez de Silva, del Duque de Feria, del comendador mayor y de D. Diego Fernandez de Córdoba todos armados de espadas y pistolas. Entonces Rui Gomez despertó por fuerza al príncipe, el cual luego que abrió los ojos y vió tanta gente armada al rededor de si y tan á deshora gritó *que era muerto*. El Rey le dirigió la palabra y le aseguró que aquello que con el se hacia era para su bien; pero viendo D. Carlos que su padre to-

maba una carpeta llena de papeles que estaba debajo de su cama, entrò en una desesperacion tan furiosa y violenta que trató de echarse desnudo como estaba en la lumbre que el estremado frio habia obligado á los criados á dejar en la chimenea, (era el 16 de Enero de 1568.) y fue necesario detenerle por fuerza, y no habiendo podido conseguir su intencion, manifestó el mas violento despecho.

Luego al punto se desalajó y desocupò la cámara y en lugar de tantos y tan magnificos muebles como se quitaron, le pusieron un catre pintado de encarnado con un solo colchoncillo. No volvió mas á parecer delante del príncipe ninguno de los criados de su

servicio, fue siempre custodiado por guardias de vista, se le hizo poner un vestido negro y no fue asistido sino por personas enlutadas y desconocidas; y en tan deplorable estado, el heredero de tantas coronas, no oyó ni vió en adelante al rededor de si cosa alguna que no le representase la imagen de la tristeza y de la muerte.

Entretanto el Rey se enteraba de los designios de su hijo; y al ver las correspondencias de que se habia apoderado, se horrorizó del peligro á que habia estado espuesto; pero su mayor sorpresa fue cuando entre otras cartas de mano de la Reyna halló una que le pareció la mas tierna y amorosa que podia escribirse. Era esta

aquella carta que el marquès de Pozà le habia llevado á Alcalá, la qual D. Carlos jamas habia querido debolver. Como la Reyna la habia escrito en aquel primer rebato de dolor por el accidente mortal del príncipe, y no habia creído fuese cosa de trascendencia lo que escribia á un hombre que no tenia esperanza de vida, sin mas objeto que hacerle morir contento; se habia dejado llevar de tal manera de la ternura de su corazon, que, aunque sin declarar cosa alguna que pudiese perjudicar su honor ni los deberes de su estado, le habia espresado los sentimientos mas cariñosos y apasionados, con todo el afecto que podia inspirar la situacion lastimosa del príncipe. Mas

apesar de esta sinceridad, el Rey infligió consecuencias muy diversas, y concibió un furor y pesar tan vivo, que solo pudo ser mitigado por el impetuoso deseo de satisfacer su venganza, y la consideracion de que tenia bajo su poder á los que tan gravemente le habian ofendido, lo que hizo nacer en su animo una bárbara alegría y una tranquilidad mas temible que los arrebatos del furor.

En el mismo dia fue preso Montini para perder poco despues la vida en un cadalso; y al marqués de Bergen por favor de Rui Gomez su antiguo amigo se le permitió tomar un veneno. La union de estos señores con D. Carlos no se habia traslucido; mas como

todos ellos eran como el príncipe enemigos declarados del cardenal Espinosa inquisidor general; era bastante esta enemistad en tales circunstancias para ser tenido por sospechoso en puntos de Religion. Ellos acusaban á este prelado de ser el autor de todos los consejos violentos que el Rey tomaba contra su patria, y el cardenal los acusaba á ellos de haber hecho venir de Francia muchos fardos de catecismos de Calvino con un pasaporte de D. Carlos.

Por otra parte aun no estaban olvidados del todo los resentimientos del príncipe con los inquisidores, con motivo del testamento de Carlos V. y por esto procuraban pervertir el juicio del pueblo haciendole creer que

este inocente príncipe habia dado acogida á las recientes opiniones religiosas, que todavia no habian llegado á su noticia. Esta circunstancia, y el designio del Rey de buscar en la Religion causa que pudiese cohonestar y hacer tolerable la estraña resolucion que acababa de tomar, unidos á las pruebas que tenia de las inteligencias de su hijo, hicieron que se determinase á satisfacer impunemente su venganza. Para esto puso en manos del cardenal Espinosa todos los originales hallados en la cámara de D. Carlos, menos la carta de la Reyna; estableció á los inquisidores por jueces soberanos entre él y su hijo, y prometió estar á sus determinaciones.

Aunque el Rey habia prohibido rigurosamente que se comunicase á los Soberanos de Europa la prision de D. Carlos no obstante se propagó bien pronto la noticia. La mayor parte de los príncipes de la cristiandad pidieron su perdon, y sobre todo la Emperatriz escribió al Rey su hermano haciendole las mayores instancias para conseguirlo. Habia mucho tiempo que su primogenita estaba prometida al príncipe y el Rey que temia quanto podia dar libertad e importancia á su hijo, habia siempre diferido la egecucion de este matrimonio. Entre otros pretextos que tomó para esta dilacion, hizo correr la voz de que el príncipe, despues de la caida de Alcalá, segun el dictamen de

los médicos, habia quedado inhabil para la generacion; especie que se tuvo por artificio y la misma Emperatriz nunca lo creyó. Era al Rey tanto mas facil prolongar este enlace, quanto el príncipe no lo solicitaba con empeño, por hacersele duro casarse con una princesa á quien el no podia amar. La Emperatriz que no sabia el secreto de su corazon, no procuraba otro partido, por parecerle este el unicamente digno de su primogénita, bien agena en verdad, de creer que dentro de poco habia de ocupar ésta el lugar de la desgraciada Reyna Isabel, y que el Rey, su hermano debia por una rara especie de dreecho casarse con todas las princesas destinadas á su hijo.

La noticia de la prision de D. Carlos precipitó entretanto los animos de los rebeldes de Flándes, que dieron rienda á los furores mas sangrientos, los cuales hubieran sido aun mas terribles si los Turcos hubieran mantenido su palabra; pero Wikes juzgó que sin el apoyo del príncipe era esponer á riesgo la armada Otomana en lugares para ellos tan apartados de todo socorro, y así la empresa se mudó en la de Chipre donde Wikes hizo los mayores servicios manifestando que era hombre apropósito para las delicias de la paz y los peligros de la guerra.

Entretanto los inquisidores seguian el proceso de D. Carlos con una diligencia y actividad increíbles, descu-

briendo de tal manera la antigua aversión con que lo miraban, que fué necesario todo el interés de la Religión que allí intervenia, para hacerle tolerable. Embarcaron à buscar en los archivos de Barcelona el proceso criminal que D. Juan II. de Aragon formó en otro tiempo al virtuoso y desgraciado D. Carlos príncipe de Viana su primogénito; y le mandaron traducir del catalan al castellano. para servirse de el como de modelo y autorizacion. Empero bastando las cartas solas del almirante Mons Chatillon, del príncipe de Orange, del conde de Egmond, del comisario de Ambéres y de Juan Wikes para que D. Carlos apareciese delinciente, fué condenado desde luego á

permanecer en la prision.

El sentimiento que con este motivo manifestó el príncipe hizo temblar á todos los que habian tenido alguna parte en su desgracia, temiendo que si algun dia llegaba á empuñar el cetro tomase de ellos venganza, y asi se dieron prisa á llevar á cabo su perdicion. Con este fin dijo al Rey el Cardenal D. Diego de Espinosa (1) *que no habia jaula bastante para tal pajaró, y que asi se necesitaba, ó torcerle prontamente el pescuezo ó echarle á*

(1) *Inquisidor general y obispo de Sigüenza.*

volar. El pueblo entretanto, para con quien la desgracia suele ser un titulo de justificacion, mostraba de dia en dia mas impaciencia por la libertad del príncipe, por lo que el Rey temiendo algun tumulto no se atrevia à salir de Madrid.

Antes de haber entregado la causa à los inquisidores ya el Rey habia consultado à su consejo de conciencia, à que habia agregado de nuevo algunos teólogos, sobre lo que podia y debia hacer en este negocio de su hijo. Habiale reunido en su cámara y manifestadole su deseo de saber que pena merecia el hijo de un Rey que se habia confederado con los enemigos de su padre, y si podia este sin cargo de

su conciencia librarle ó entregarle á la justicia. Propuesta esta cuestion el Rey se retirò y al cabo de tres dias volvió al concejo, que le indicó dos caminos ambos justos y posibles: el primero el de la justicia y castigo; el segundo el de la clemencia y el perdon. Hizole presente el concejo que teniendo los dos respetos de juez y de padre podia castigar los delitos del príncipe, inclinar su animo à la piedad; añadiendo, que si por esta perdonaba á un malhechor, con mucha mas razon debia usar de clemencia con su unico hijo nacido de su propia sangre, cuyas razones procuraron corroborar con algunos exemplos para inclinarle al perdón que era lo que todos es-

peraban del Rey. Este, oida la respuesta del consejo, sentado junto á una mesa y puesto en ella de codos, estuvo algun tiempo pensativo, hasta que rompiendo el silencio propuso al consejo, si reconociendo el mal que podia traer á sus estados el perdon de los delitos de su hijo ò la dilacion en castigarlos, podia usar con el de misericordia sin ser culpable de las desgracias que su clemencia podia ocasionar. A cuyo cargo pesarosos y enternecidos los individuos de aquella asamblea, contestaron que *la salud del pueblo* debia ser preferida en todo caso á la salvacion de su hijo. Fencida la consulta entregó los papeles á los inquisidores encargantoles considerasen la calidad

de su hijo; pero sin separarla de la de reo hasta tanto que conociesen la enormidad de sus delitos, que era lo que debia borrar de sus animos esta consideracion.

Seguida la causa con el mayor secreto, hubieran querido los inquisidores poder aplicar al príncipe la pena sin dar cuenta á su padre temiendo no se moviese á clemencia é impidiese la ejecucion; pero siendo necesario en un caso tan arduo que su propio padre como Rey firmase la sentencia, le presentaron la causa para este fin. Vista esta por el monarca, no pudo menos, apesar de su severidad, de exalar un profundo suspiro y habiendose encerrado en un gabinete mientras

duraba en su corazón el combate de las leyes de la justicia con los afectos de la sangre é intereses de la corona, se resolvió por fin á firmarla. El deseo de que le tuviesen por zeloso del bien público le alargaba la mano para tomar la pluma; pero el considerar que habia de ser acusado y condenado del orbe entero como enemigo de su propia sangre, le obligaba á dejarla caer de la mano. Por fin con gran constancia de animo la tomó, y sintiendo se le aflojaba al formar la primera letra de su nombre la afirmó con la izquierda, y alzando los ojos al cielo dijo: »á ti llamo en testimonio, poderosísimo Dios, que sabes los mas ocultos secretos de los corazones, para

que me defiendas de las acusaciones con que me condenará el mundo, viendome inhumano con mi propia sangre. Tu sabes, Señor, si en esto tengo otro pensamiento que tu gloria y bajando despues los ojos firmó la sentencia y la entregó á los inquisidores diciendoles: „tomad y conservad bien este papel porque contiene un exemplo que no le tiene semejante el mundo. Firmada la sentencia se le notificó al príncipe al anochecer, y se le presentaron en pintura algunos generos de muerte para que escogiese la que le pareciese menos horrorosa. Recibió D. Carlos esta fatal y sorprendente nueva dando muestras de amar alguna cosa mas que la vida, y de te-

mer la misma desgracia por la persona que amaba. Entonces, aunque sin perder en lo posible su característica dignidad, lloró amargamente y preguntó, sino habia quedado el mas mínimo vestigio de piedad en el pecho de su padre para hacerle alguna gracia, ó en su consejo un rasgo de compasion que librase su juventud. Éstas palabras dichas por el príncipe con la mayor energia hubieran sido bastantes para mover á compasion cualesquiera otros corazones que los de los jueces y ministros que se hallaban presente; lo cuales respondieron que su sentencia era irrevocable: que toda la gracia que se le podia hacer consistia en la facultad que se le daba de que pudiese escoger cualquier

genero de muerte. Alteróse el príncipe en extremo, al oír tal contestacion y puesto en pie, en altas voces y con gran constancia de animo, dijo: „ya que no hay piedad en el pecho de mi padre, ni en el de los jueces para mí, quiero que todos vean que hay corazon en el mio para sufrir aquella muerte que mas le agrade: haced que muera del modo que gustaren; porque hasta en esto se sacien los deseos de los que tan impiamente quieren beber la sangre de un príncipe primogenito de España.“ Estas palabras pronunciadas con un vehementísimo ardor fueron seguidas de mil imprecaciones sobre la inhumanidad de su padre y sobre la crueldad de los jueces, repitiendo muchas

veces esta exclamacion: „¡ Misero hijo de un infelicisimo padre!“

La Reyna à este tiempo poseida del mas vivo dolor por la desgracia del príncipe y ansiando evitar el fatal término que le esperaba, halló modo de comunicarle de su parte, que para librarse de el pidiese que fuese á verle su padre y le demandase perdon. En efecto fue el Rey à verle y como à el acercarse se lo avisase un guarda con estas palabras: „que viene el padre de V. A.“ le contestó con despecho: *decid mi Rey y no mi padre.*

Su sumision á la Reyna y el natural deseo de conservar la vida hizo que al presentarse el Rey, se hincase de rodillas delante de él suplicándole conside-

rasede que era su sangre la que queria derramar: á que el Rey contestó: *que cuando tenia la sangre mala, daba su brazo el cirujano para que la sacase.*

Arrepentido el altivo y generoso joven de haber executado sin fruto tan deprimente acto de humillacion, le levantó prontamente á estas palabras y preguntó á los guardas si el baño en que habia de morir estaba pronto, (1)

(1) *No se sabe de cierto cual fue el genero de muerte que eligio el principe: unos escriben que murió en un baño abiertas las venas como Seneca: otros que escogió el veneno como menos horroso: y finalmente otros que fue ahogado por cuatro es-*

El Rey entonces, tal vez movido á comiseracion aunque ineficaz y pasagera, le preguntò si tenia alguna cosa mas que decirle. Mas el príncipe, que hubiera querido, aun á costa de mil vidas aniquilar la accion que acababa de executar, desesperado de todo remedio, y viendo que ni por complacer à la Reyna, ni por conservar su vida, le quedaba mas que hacer, no pudo contenerse en responder con toda su arrogancia y furia natural: „si alguna persona à quien yo no puedo dejar de

clavos: dos que le aseguraban y dos que le apretaban el cordon de seda que se le echò al cuello.

complacer mientras me dure la vida; no me hubiese obligado á veros, no me hubiera yo resuelto á cometer la bajeza de pedir os perdon; mas me queda el consuelo de que voy á morir con mayor gloria que vos habeis conseguido en vuestra vida. Oida tan altiva respuesta el Rey se salió del aposento sin manifestar sentimiento ni compasion alguna.

La exaltacion y arrebató del príncipe fue motivo para que le concediesen dos dias mas de vida á fin de exortarle á bien morir, y aunque el príncipe no manifestaba resignacion, por último se dejó persuadir de su confesor Fray Diego de Chaves del orden de Sto. Domingo y con él envió á pedir perdon á su padre.

(183)

Llegada la hora de morir, D. Carlos se metió en el baño, y haciendo que le abriesen las venas de brazos y pies, mandó que todos se saliesen fuera, y sacando un retrato de la Reyna que tenia pendiente del cuello, fijos los ojos en esta pintura, se fue la muerte poco á poco apoderando de los miembros exangües, y perdió finalmente la vida en 24 de Julio de 1568 á los 23 años y 16 dias de su edad.

Fue sepultado en Santo Domingo el Real de Madrid donde se le hicieron unas magnificas y suntuosas exequias por la Villa, que quiso con estas demostraciones templar su dolor por la muerte de tan malogrado príncipe. El Rey, aunque preveia que los elogios que

se hiciesen al difunto en tales exequias, no habian de ser, por mas moderados que fuesen, nada honorificos á los enemigos del príncipe, con todo, no se atrevió á negar su permiso y mostró tanta apacibilidad de ánimo en aquella ocasion, que el día de la pompa funebre, estuvo mirando desde una ventana de Palacio el orden y marcha del acompañamiento; y habiendo ocurrido una dificultad sobre presidencia entre varios consejos, la decidió en el acto. Los dos hijos del Emperador que à sazón se hallaban en Madrid hacian el duelo, acompañados del cardenal Espinosa que con el pretesto de cierta indisposicion se retiró pronto, dando ocasion al pueblo, por haber sido el mayor y mas irre-

conciliable enemigo del príncipe, para decir, que el cardenal no podia sufrir la presencia de D. Carlos ni vivo ni muerto.

En la puerta del templo estaba escrita con grandes caracteres de oro esta inscripcion. *Este ha sido arrebatado porque la malicia no mudase su inteligencia ni la a lulation estragase su animo.*

Todas las decoraciones que adornaban el suntuoso túmulo del príncipe aludian á el epitafio siguiente:

Carolo

Hispaniarum, utrusque Sicilæ: Galliarum Belgicæ at Sisalpinæ novique orbis hæredi serenissimo ui animi magnitudine et liberalitate claruit, anno ætatis XXIII rapta IX Cal Sextis ab orbe redempto MDLXVIII.

S. P. Q. Mantuanus.

H. P. C.

À la eterna memoria del Serenísimo Príncipe D. Carlos heredero de las Españas, de las dos Sicilias, de las Galias, Belgica y Cisalpina, y del nuevo mundo, insigne por su grandeza de animo y su liberalidad, que falleció á los 23 años de edad en 24 de Julio de 1568, el Senado y pueblo de Madrid dedicaron este monumento. (1)

(1) *Es mui celebrado el epitafio que Fr. Luis de Leon compuso al tùmulo de*

Su cuerpo se mantuvo en Santo Domingo hasta 1573 en que fué trasladado al Escorial.

Diose á la estampa una relacion de su enfermedad en que se decia que el príncipe habia muerto de una disenteria ocasionada de sus desórdenes: porque habiendo el verano molestandole el calor, dado en andar desnudo, dormir al sereno, beber mucha agua fria á to-

este príncipe para que perdamos la ocasion de estamparlo en este lugar.

*Aqui yacen de Carlos los despojos:
 La parte principal volviose al cielo:
 Con ella fuè el valor, quedole al suelo,
 Miedo en el corazon, llanto en los ojos.*

das horas, comer mucha fruta hechar nieve hasta en la cama, conque se dijo que habia llegado à perder el calor natural, á no poder retener el alimento y por consecuencia á consumirse. Tanto conato se ponía en ocultar la verdadera causa de la muerte del príncipe, y contener los discursos del pueblo, aunque vanamente. Con este mismo fin previno el Rey al Nuncio que nadie le diese el pésame por su muerte, y así no tuvo efecto la mision del cardenal Julio Aguaviva y Aragon hijo del Duque de Atri que, embiado por el papa Pio V. con el indicado objeto, y el de arreglar otros asuntos, habia venido á Madrid.

El dolor de los domésticos del

príncipe y el sentimiento de los pueblos fueron tan notorios, que los escritores mas parciales no se han atrevido á callarla. El conde de Lerma, á quien el Rey habia dado el cargo de la cámara del príncipe, le cobró un afecto tan entrañable que parecia sin consuelo á los ojos de la corte. El Rey para templar el sentimiento de los que habian asistido á D. Carlos recompensó liberalmente á todos, hizo gentil hombre de su cámara al conde de Lerma y le dió una encomienda de la orden de Calatrava.

No fué menos desgraciada la suerte de la Reyna E^a Isabel de Paz. Hallábase embarazada cuando con ocasion de estar algo indispuesta le fué man-

dada cierta medicina, que entró á servirle una mañana la duquesa de Alba su camarera; pero rehusando tomarla la Reyna y porfiando la duquesa, el Rey que no estaba lejos entró al ruido de la contienda y reprendió á la duquesa por su obstinada porfia: mas habiendo representado esta señora que los médicos habian dispuesto se le diese aquella medicina á la Reyna; el Rey se rindió facilmente y la persuadió á que la tomase: viendo la Reyna tal empeño, respondió *pues que vos quereis que la tome, yo tambien quièro;* y la bebió sin detenerse. Mas, ya fuese por la violencia que se le hizo, ó ya por otra causa, lo cierto fue que la Reyna despues de unos grandes vomitos y

padeciendo vehementes dolores espiró aquel mismo dia. El feto se le halló muerto en el vientre. Murió á los 24 años en 3 de Octubre de 1568, y fué sepultada en la Iglesia de las Descalzas Reales de Madrid donde permaneció hasta que en 8 de Junio de 1575 fue trasladada á el Escorial.

Mas no quedó sin castigo ninguno de los que tuvieron parte en estas desgracias: todos ellos como por disposicion de la providencia tuvieron triste y desastrado fin.

La princesa de Eboli, siempre ocupada en enredos é intrigas con el deseo de perder á D. Juan de Austria trató de ponerlo mal con el Rey. Para esto le manifestó ciertas cartas del prin-

cipe de Orange, por las que constaba que el matrimonio de D. Juan con la Reyna de Inglaterra estaba ya concluído y que los rebeldes de Flándes habían dado palabra de reconocerle sin otra condiciou que la libertad de conciencia. Le contó la respuesta que en otro tiempo habia dado D. Juan al príncipe, cuando lo vituperó por el defecto de su nacimiento; le recordó la satisfacion con que habia recibido las aclamaciones del exercito de Granada, cuando los soldados por algunas bellas acciones que hizo gritaron diciendo: *no hay duda en que es verdadero hijo del Emperador;* y finalmente añadió su empeño en coronarse Rey de Túnez; y la perdida de la armada que habia deja-

da que habia dejado tomar en venganza de no haber querido el Rey favorecer sus designios. Todas estas reflexiones hicieron tal impresion en el animo suspicaz del Rey, que resolvió no perder un momento en desembarazarse de D. Juan y asi halló modo, segun se dijo, de embiarle por camino nada sospechoso unos *botinos* envenenados que le costaron la vida. Murió en los Reales de Brujas en 4.^o de Octubre de 1578, y de alli en hombros de Maestres de Campo de todas naciones fué conducido á la Iglesia mayor de Namur desde donde fue traído al Escorial.

Algun tiempo despues se supo que la princesa de Eboli habia fragua-

do las cartas que dijo se habian interceptado al principe de Orange y que tan funestas habian sido à D. Juan. El Rey con este motivo le cobró una aversion tan grande por quanto dispuso encerrarla en una reclusion para que acabase alli sus dias. Antonio Perez despues de haber sufrido mil infortunios y desastres logró refugiarse en Francia donde murió obscura y miserablemente y aun el mismo Rey Felipe II. despues de haber sufrido una larga y penosa dolencia murió en el Escorial en 13 de Setiembre de 1598.

Nota.

Constantino Ponce de quien se hace mencion en este escrito es llamado por otros Constantino de la Fuente.